

CORRESPONDENCIA

MESOPOTAMIA

Matanzas y desastres en Armenia

El R. P. Moisés de Orleans, procurador general de las Misiones de los Padres Capuchinos, nos comunica dos correspondencias que acaba de recibir de Mesopotamia, y que son un llamamiento conmovedor á la simpatía de nuestros lectores en favor de aquellas Misiones desgraciadas.

La primera carta, del reverendísimo Padre Prefecto de la Misión, dice así:

VIVIMOS todavía por la gracia de Dios y de la Santísima Virgen, y hemos podido proteger á millares de personas en nuestras casas y con nuestra influencia. ¡Loado sea Dios! Se han salvado muchas almas, y podemos felicitarlos por gran número de conversiones. Los mismos agentes del Gobierno favorecen este movimiento diciendo á las víctimas: «Haceos católicos con los Padres misioneros; entre ellos estaréis al abrigo de todo peligro.»

Nuestra residencia es un refugio para todas las miserias. Todo lo hemos dado para socorrer á tantos infelices y enfermos sin asilo y sin pan.

He teleografiado al reverendo Padre Provincial: «El gobernador nos ha salvado: la miseria es extrema: enviadnos dinero.» Mas ¡ay! ¿qué podrá hacer? ¡es como si la miseria pidiese limosna á la pobreza!

Por su parte el R. P. Rafael, también misionero capuchino, escribe:

El incendio y la carnicería han recorrido toda la Armenia haciendo millares de víctimas. Hemos experimentado pérdidas materiales desastrosas. En Malatia el convento, la iglesia y las escuelas han sido pasto de las llamas: todas nuestras estaciones en los pueblos han sido destruidas. Sin embargo, de tantos males podrá resultar un bien inmenso desde el punto de vista de la fe. En lo que nos concierne, todo el mundo ha comprobado cuán grande era nuestra influencia en estas comarcas. El Gobierno nos protegía abiertamente.

El Obispo armenio de Mezere no ha vacilado en venir á refugiarse entre nosotros con sus sacerdotes y sus Religiosas. Hemos alimentado una semana entera á quinientos aldeanos que para librarse de la matanza vinieron á buscar un refugio á nuestro lado. El Go-

bierno nos ha confiado unos treinta heridos: da el pan y los remedios; corriendo á nuestro cargo todo lo demás.

Posteriormente hemos recibido del Ilmo. Altmayer, delegado apostólico de Mesopotamia, la siguiente carta fechada en Roma, el 8 de Enero de 1896:

Todas las noticias que se reciben de Mesopotamia dan á comprender la extensión de las atrocidades cometidas en las recientes jornadas de sangre, que acaban de repetirse en Orfa y Beredjik.

No asistimos solamente con el corazón traspasado de dolor, me escriben, á la matanza de miles y miles de cristianos de toda edad y de todo rito; al rapto de centenares de doncellas que entregan al ultraje y venden á precio vil, sino también al aniquilamiento de la población cristiana por la ruina, la dispersión, el frío y el hambre. En las ciudades ya no hay fortunas, ni comercio, ni oficios, ni trabajo; la mayor parte de las casas y tiendas han sido saqueadas y destruidas por el fuego. En los campos la situación es todavía más lamentable: centenares de villas populosas y florecientes están asoladas, y sus moradores fugitivos se refugian en las ciudades, á pesar del terror que reina en ellas, para mendigar un albergue, un girón de vestido y un pedazo de pan. Las noticias que se reciben de todos los puntos del Asia Menor están contestes en que la cifra de los refugiados es asombrosa. En toda la provincia de Diarbekir puede decirse que ya no existe el nombre cristiano, pues los que escaparon de la muerte ó han podido huir, sucumben á los tormentos de una manera más triste todavía, abrazando el Islamismo.

Así, pues, en el momento en que las aspiraciones de estos pueblos y la solicitud admirable de León XIII, daban las más lisonjeras esperanzas para el porvenir del Oriente cristiano, los furores del infierno han venido á poner en gran peligro la existencia misma del Cristianismo en estas desventuradas comarcas, objeto de tanta solicitud y abnegación de parte de la Iglesia católica romana.

¿Qué remedio podrá curar estos males é impedir su extensión á las regiones todavía indemnes? Sólo Dios



RMO. P. TISSOT, superior de la Sociedad de los Misioneros de Annecy. (Pág. 70)

lo sabe. Nuestro primer deber hoy es compadecernos de tantos infelices, implorar para ellos la misericordia de Dios omnipotente, y tender la mano á la caridad católica en favor de tantos pobrecitos que la esperan con angustia y cuyos pastores la imploran con gemidos.

«Dios sabe sacar bien del mal,» os ha escrito el Prefecto de los dignos Padres Capuchinos de Mesopotamia.

Este bien es el consuelo que han experimentado tan celosos misioneros salvando la vida á millares de hombres, mujeres y niños refugiados en sus iglesias y conventos; recibiendo la abjuración de muchos cristianos separados de la Iglesia, y siendo testigos de la gratitud de todos por la protección del cielo, que ha hecho respetar las benditas casas de los misioneros.

En Diarbekir más de tres mil personas se refugiaron en el convento de los Padres Capuchinos, siendo alimentados durante doce días por la Divina Providencia y la caridad de los hijos é hijas de San Francisco.

En Karbuth y Mezere se salvaron de la misma suerte un número casi igual de armenios. En Orfa, desde el 28 de Octubre al 15 de Noviembre permanecieron en el convento más de trescientos cristianos. En esta misma ciudad ¡ay! ha habido más tarde nueva matanza de dos mil cristianos. Con este motivo la caridad de los misioneros habrá brillado una vez más; pero los recursos que se les mandaron desde Europa son á todas luces insuficientes para remediar tantos desastres.

Gran gloria de nuestros misioneros es haber salvado la vida á millares de cristianos, y esperan que la caridad católica les ayudará á salvar muchas más del peligro inminente de morir de hambre y de frío.

Los misioneros atribuyen á un verdadero milagro el respeto que á sus casas llenas de cristianos han demostrado los perseguidores. Puede creerse que el temor de las potencias europeas les inspiró alguna cautela; pero es justo también añadir, pues tenemos de ello pruebas indudables, que el aprecio que esos Religiosos se captaron por su abnegación, y su propio respeto á la Autoridad civil, han contribuido en gran parte á esa protección tan increíble de sus establecimientos.

De Van nuestros dos misioneros dominicos, perdidos en lo más remoto de la Armenia, escriben que su mayor dolor es tener las manos vacías en presencia de tantas miserias, mientras que los misioneros protestantes distribuyen abundantes recursos. Antes de recibir estas cartas les había anunciado telegráficamente un subsidio de dos mil francos.

«La diócesis caldea de Seert ha sufrido mucho, me escribe el misionero dominico aislado en esta ciudad. El Obispo católico y sus ovejas han podido ser salvados en la ciudad misma; pero los armenios y jacobitas han sido diezmados tanto dentro como fuera de la ciudad, y con ellos gran número de poblaciones caldeas.

«Los desdichados afluyen de todas partes en un estado de miseria y espanto indescriptible. El Obispo, que acaba de gastar el último céntimo en la construcción de su iglesia aun no terminada, llora de dolor y angustia. Y ¿qué son las presentes miserias y desdichas en comparación de las que nos reserva el porvenir? ¿En qué estado quedarán tantas mujeres, doncellas y niños abandonados? ¿Nada podremos hacer para salvarlas? Suplico á V. I. reflexione en el bien que

puede hacer. Si no conociese la caridad inagotable de V. I., temería ser indiscreto; pero estoy seguro que sabrá perdonar los acentos llenos de dolor de mi corazón profundamente afligido.»

¿Qué contestar á semejantes súplicas? Antes de la carta había enviado dos mil francos, y hoy mismo he añadido el último billete que me quedaba de la munificencia de Su Santidad.

La situación que por disposición de la Santa Sede ocupo en las cristiandades orientales tan afligidas, me obligan, antes de partir de Europa, á hacer un llamamiento á la generosidad de las personas caritativas.

JERUSALÉN

Primeras impresiones de un peregrino en Tierra Santa

El misionero franciscano R. P. Fr. Ramón G. Muñón, escribe desde Jerusalén el mes de Octubre de 1895:

CUANDO uno, después de abandonar pueblos conocidos, casas amadas y familias en medio de las cuales ha pasado los años primaverales de la vida, aporta á playas ignotas y á regiones en todo diversas de las que atrás ha dejado, aunque alguna vez haya leído ú oído hablar de ellas á personas que las midieron palmo á palmo, trae naturalmente mil ideas confusas, contradictorias, que más ó menos tarde se rectifican con la práctica de ver, oír y palpar lo que constituye la realidad de las cosas. Esto que, hablando en tesis general, es cierto siempre que se trata de viajes á países extraños en usos y costumbres, se verifica de un modo especial en lo que en Europa se llama *peregrinación á Tierra Santa*.

«Vamos á Jerusalén; ya estamos en los Santos Lugares,» exclama uno embargado de gozo cuando por vez primera pone los pies en puerto cercano á la Ciudad Santa, después de atravesar quizá entre angustias y mareos indescriptibles las olas del Mediterráneo, y apurada la mas santa paciencia en estaciones, aduanas y registros minuciosos é implacables. Y al exclamar así se acuerda, por natural asociación de ideas, de aquella tierra que manaba leche y miel, trae á su mente la ciudad de *perfecta hermosura*, el pueblo de los inescrutables designios del Altísimo, y se cree transportado á aquellos siglos de esplendor y de grandeza que constituyen las gratisimas historias y forman las bellas tradiciones que se sabe de memoria el niño católico medianamente instruido.

Pero ¡ah! pronto la terrible actual realidad de las cosas se impone, y lo que antes á la luz de los recuerdos se veía de color sonrosado y hermoso, se percibe ahora envuelto en sombras que estremecen y hacen pensar que si hubo días de gloria para Jerusalén y su gente, también hubo Profetas que anunciaron, de muchos siglos atrás, días de angustia, de exterminio y desolación para la ciudad prevaricadora y deicida. ¡Quién lo había de pensar! Jerusalén, que hoy se semeja en algunos puntos y detalles á una ciudad europea; Jerusalén, donde se siente el silbido de la locomotora y de alguna que otra fábrica; Jerusalén, que cuenta ya con estaciones telegráficas, con fondas y hoteles y restaurants y coches; ¡Jerusalén es, sin embargo

de todos estos adelantos, la ciudad maldecida por Dios y abandonada de su amorosa diestra!

Basta recorrer sus alrededores, subir á las montañas vecinas y extender la vista en torno de la ciudad deificada, para ver palpable la realización de aquellas predicciones del Antiguo Testamento: *Quomodo sedet sola civitas plena populo?* «¿Cómo se sienta solitaria la ciudad llena de pueblo? La princesa de las provincias ha sido hecha tributaria. Lloró hilo á hilo, sin que haya quien la consuele entre sus propios amigos, que la despreciaron y se convirtieron en enemigos suyos. Los caminos de Sión están de luto, porque no hay quien venga á las solemnidades, etc., etc. (1).» Es preciso recorrer con la Biblia en la mano las afueras de la ciudad para convencerse de la verdad de estas predicciones de Jeremías. Allí todo es desolación, esterilidad y ruína. Los campos desiertos y sedientos; los montes sin árboles, sin una sola hierba que embellezca el horizonte monótono y desconsolador; los acerbos de piedras calcinadas, testigos mudos de antiguas viviendas, ya suntuosas, ya modestísimas; cada palmo de terreno, cada pedrusco que se interpone al paso hablan elocuentemente al alma creyente, é infunden cierto terror, como el terror que infunden siempre los inescrutables juicios del Omnipotente airado contra la prevaricadora humanidad.

«¿Es ésta la ciudad de perfecta hermosura, preguntan los incrédulos que se tienen por sabios, el gozo de toda la tierra, el país donde Jehová prodigó los portentos de su omnipotencia y sabiduría? ¿Cómo es, exclaman burlándose de la Revelación divina, que en los libros de los hebreos se la atribuye el nombre de tierra que mana leche y miel?» Para nosotros está contestada esta pregunta con lo dicho por los Profetas; pero lo que á nosotros nos hace afirmar en nuestras creencias, separa á los impíos de la verdad y los hace afirmarse más en el error.

Añadamos el carácter brusco é indolente del musulmán, que á cada paso se encuentra por los caminos que conducen á la Santa Ciudad, guiando sus camellos y asnos cargados de mil cosas distintas; añadamos más la inmundicia y el aspecto repulsivo que presentan muchos seres desventurados; añadamos otro sí la perspectiva de necrópolis que comunica á Jerusalén la multitud de cementerios turcos y judíos que la rodean, y diremos con razón que la ciudad que vió morir al Autor de la vida, Jerusalén, la *visión de paz* de los antiguos, el encanto de las naciones extranjeras, es hoy la ciudad de la muerte, la visión de la tristeza y el desprecio de los pueblos civilizados.

Mas para un cristiano que hace con fe y religioso espíritu su peregrinación á los Lugares santificados por el Salvador de los hombres, Jerusalén ofrece una vista muy distinta de la que presentan sus afueras, y encierra una hermosura indescriptible, hermosura que, como la gloria de la hija del Rey, es puramente interior y espiritual. Bien es cierto que la soledad y el estéril abandono de las cercanías se cambia muy pronto en bullicio y confusión indescriptible, dentro ya de sus murallas. Jerusalén, la ciudad de David y Salomón, el

centro insustituible del religioso pueblo judío, la ciudad santa, *El-Cods* de los mahometanos, es hoy un pueblo cosmopolita y heterogéneo por demás. Recorrer á ciertas horas sus calles sucias, bifurcadas y oscuras, es empresa casi impracticable por la aglomeración de gentes de toda clase, condición y nacionalidad.

Aquí se encuentran judíos en número exorbitante; turcos, la mayor parte de la población; árabes de distintas ramas y sectas musulmicas; cristianos que se ramifican en católicos latinos, griegos y maronitas católicos; griegos, armenios, coptos, abisinios ó etíopes y sorianos, todos cismáticos, y algunos de estos últimos tan poco cristianos, que son más bien idólatras. Aquí hay algunos protestantes, y también se cuentan de esos que ahí llaman indiferentes, sin religión alguna que merezca su aprecio y veneración. Basta decir que también funcionan aquí tres logias, ni más ni menos que en cualquiera de nuestras civilizadas capitales: así se cumplen las profecías contra la prevaricadora ciudad. *La princesa de las naciones*, el asiento de la religión judaica se ha hecho, por sus pecados y alejamientos del Señor, *tributaria* de todas las religiones y de todos los pueblos.

No es esto, repito, lo que cautiva la atención del devoto peregrino. Este conjunto abigarrado de tipos, trajes, idiomas y sectas se encuentra en más ó menos proporción en todas las ciudades del Oriente, lo mismo en Palestina y Siria que en el Egipto. Otro día haré ver el objeto que atrae aquí tantos peregrinos de Europa y América, objeto que ya mis lectores adivinan y que yo no adelanto aquí por seguir cierto orden que me he propuesto.

RUSIA ASIÁTICA

Vida de un sacerdote en la Siberia

III

En una de sus cartas escribe el P. Gromadski:

«En Mayo de 1877 llegué á Bijsk, y allí encontré á uno de mis feligreses, el Dr. Michalowski, uno de los médicos del Gobierno. Díjome que precisamente iba á emprender un viaje hasta los últimos confines del imperio chino, á través de las montañas de Altai. Mi camino estaba en la misma dirección, puesto que me proponía visitar á los católicos que trabajaban en las minas de oro del Gobierno, situadas en Rudmik Zyryanowski; así es que me fué muy grato el tener un compañero de viaje tan agradable y de tanta experiencia. Salimos, pues, juntos en un pequeño vehículo, dirigiéndonos á la aldea de Ujmor, situada al pie de las montañas; pero allí tuvimos que abandonar el coche y hacer el resto del camino á caballo. Los caminos á través de las montañas son sumamente fatigosos y llenos de peligro, porque los senderos son tan estrechos y escarpados y con profundos precipicios á uno y otro lado, que un paso en falso puede precipitarnos al abismo. Sólo el sentimiento del deber me hizo sobrepónerme á mí mismo. Afortunadamente el Doctor era buen jinete y había hecho varias veces aquella expedición. Viajábamos á razón de más de cien kilómetros por día, cambiando caballos en todas las esta-

(1) Thren. i.

ciones, y para descansar escogíamos los lugares más cubiertos, como la cavidad de una roca ó la sombra de un cedro. Engrosados los arroyos de repente á consecuencia de la nieve derretida, se desbordaron, cerrándonos el paso. Habíamos atravesado ya la montaña de Biallek, á cuyo pie corre el río Kotumek, que se junta al Bija y forma uno de los ríos más anchos de Siberia. ¿Qué hacer? No nos quedaba más remedio que ponernos á trabajar y construir una balsa; pero cuando la hubimos concluido, nos encontramos que no era bastante fuerte para soportar todo nuestro peso.

«Después de deliberar un rato nos decidimos á dejar nadar á nuestros caballos, á lo cual estaban ya acostumbrados, y muy pronto los vimos, con gran satisfacción nuestra, alcanzar la orilla opuesta y comenzar allí á pastar. Pero aun nos quedaba por resolver el modo de unirnos á ellos. Para aligerar el peso, nos desnudamos, haciendo de nuestras ropas un gran fardo, que envolvimos en una gualdrapa impermeable. Subimos entonces á la balsa, en camisa, y empezamos á remar con todas nuestras fuerzas. La corriente nos llevaba río abajo, y sólo después de arduo trabajo, conseguimos alcanzar la orilla opuesta. En el momento en que saltamos á tierra, el hombre que tenía la cuerda, distraído la dejó escapar, y la balsa con uno de los hombres llamado Fedor, y con toda nuestra ropa y provisiones cayó al agua, siendo arrebatada por la corriente río abajo. Los compañeros de Fedor, con la frente inclinada hasta la tierra, comenzaron á orar por el alma de su amigo, persuadidos de que sin remedio se ahogaría y haría pedazos contra las rocas que había en medio del río. El mencionado torrente culebrea como una serpiente, y de tiempo en tiempo á cada revuelta veíamos la pobre balsa, hasta que por fin la perdimos completamente de vista. Entonces nos preguntamos uno á otro sin el menor vislumbre de esperanza qué podríamos hacer en tal aprieto, con qué nos vestiríamos y cómo nos proporcionaríamos alimento. No había en las cercanías habitación humana.

«Lo único que podíamos hacer era montar en nuestros caballos, en camisa, y ver de dirigirnos hacia el punto de nuestro destino. El trayecto era largo, el frío intenso y la perspectiva que á mi parecer se nos ofrecía era la de morir helados. Nuestro único rayo de esperanza era el encontrar quizás algunos kalmuks al cuidado de alguna yeguada; así, pues, partimos, subiendo al galope las montañas. A poco rato, sin embargo, quedé transido de frío: mis pies tocaban continuamente la nieve, y me parecía que de un momento á otro iba á caer, helado, de mi caballo. De repente oí una voz que gritaba: *Deo gratias!* Era nuestro cohe-ro, que había divisado un campamento kalmuk.

«Repetimos alegremente *Deo gratias!* y á los pocos momentos nos encontramos en medio de los kalmuks, que nos ofrecieron cordial hospitalidad, nos dieron de comer, y enviaron á buscar algunas ropas al villorrio más cercano. Nuestro grupo tenía cierto carácter oficial, porque el médico, aunque en camisa, había conservado su gorra con el distintivo del Gobierno. Ordenó al jefe que enviara una partida á investigar si había algunos vestigios del desgraciado Fedor y de la balsa perdida. Pocas horas después vimos con gran alegría

que los hombres volvían, y que Fedor estaba entre ellos.

«Parece ser que Fedor no perdió ánimo; sino al contrario, había dirigido la balsa tan hábilmente, que en una de las revueltas del río pudo lanzarse á la orilla llevando consigo nuestro equipaje; así es que gracias á la Divina Providencia, volvimos á estar todos juntos de nuevo, y pudimos vestirnos con nuestros propios trajes. Sea el santo nombre de Dios alabado.»

Pero el P. Gromadski no limita su celo en atender á las necesidades espirituales de su rebaño esparcido. Hace además todo lo que está en su mano para aumentar los recursos del país por medio del cultivo de frutos, la cría de ganado y el cuidado de las abejas. Al principio tropezó con grandísimas dificultades, pero al fin ha conseguido un éxito asombroso: manzanas que pesan media libra, racimos de uva de cuatro libras de peso, melones excelentes y otras cosas por el estilo. En esta parte le ayudó Mr. Wasiewicki, quien después de varios fracasos logró poder producir también hermosas cerezas. El P. Gromadski fué á visitar una granja-modelo á su vuelta de Bijsk, dirigida por otro polaco, Mr. Matkiewicz, quien le había secundado calurosamente en sus esfuerzos de civilización entre los desterrados. A propósito de esto escribe:

«Mr. Matkiewicz dedica todos los ratos libres al estudio de la agricultura. Es también cultivador de abejas en grande escala, y hace todo lo que puede para animar á sus vecinos á que sigan su ejemplo. Tiene además cierto número de vacas chinas, bestias muy curiosas, que se diferencian bajo varios respectos de las vacas ordinarias. No tienen cuernos, pero sí una cola como las de los caballos, y largo pelo que barre el suelo. No mugen, pero gruñen como cerdos. Hay gran diversidad de opiniones sobre las cualidades de su leche. Algunos dicen que es delgada y acuosa, otros que tiene la consistencia de la crema; pero su carne tiene, sin ningún género de duda, otro sabor mucho más pronunciado que el de la carne de vaca ordinaria.

«Otra importante industria consiste en la cría de corzos (*Elephas moralis*), cuyos cuernos son muy solicitados y alcanzan siempre alto precio. Los chinos extraen de dichos cuernos un líquido purpúreo que sirve no sólo para teñir, sino además como medicamento. Los chinos ofrecen diez rublos (que equivalen en moneda española á veinticinco pesetas próximamente) por una libra de dichos cuernos, y uno de los aldeanos de Ujmorra saca al año de este modo de cuatrocientos á quinientos rublos. Hice todo cuanto pude por fomentar la cría de estos animales, porque creo, lo mismo que creía al tiempo de hacer los primeros ensayos, que es muy necesario para el estado moral de estos pobres desterrados, darles algo nuevo que despierte su interés y evite que caigan en desesperado abatimiento.

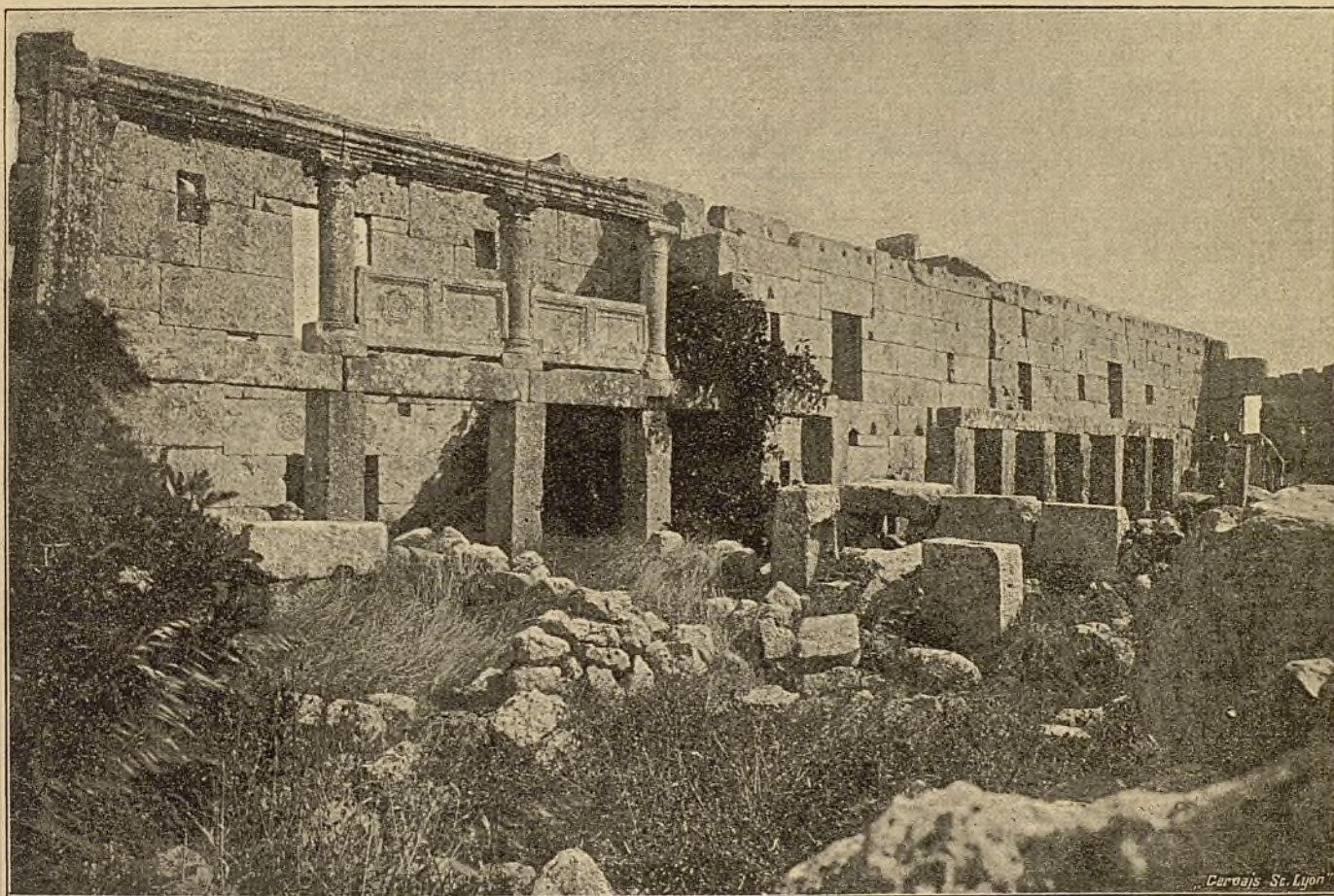
«Desde Ujmorra me dirigí á las aldeas situadas en la frontera china, donde hay muchos católicos. Mi camino, que es muy pintoresco, se revuelve á lo largo de las riberas del Kosky, pero es necesario tener mucha sangre fría para cabalgar á lo largo del borde de los horribles precipicios que existen á ambos lados, y debo confesar que nunca he hecho esta expedición sin temblar. Los habitantes de estos distritos montañosos

se hallan en mejor estado de fortuna que la mayor parte de mis feligreses, aunque nadie lo podría adivinar atendido su modo de vivir. Sin embargo, se mostraron muy complacidos de mi inesperada visita, y se alegraron por la oportunidad que se les presentaba de cumplir con sus deberes religiosos.»

Pero estos santos sacerdotes de Siberia no tienen solamente que luchar contra los peligros del frío, del hambre, de las inundaciones y de los animales feroces, sino que corren grandísimos peligros en los hospitales y en las prisiones, donde la fiebre tifoidea hace grandes estragos.

Tomsk es un centro desde el cual se envían presos á las diferentes partes de Siberia. Allí llegan gran número de hombres y mujeres condenados, á quienes, des-

dura como la madera y adquiere un color de azafrán; el tifus negro, en el que el cuerpo se cubre de manchas negras que se resuelven en apostemas, con lo cual queda el cuerpo hecho una llaga; y el tifus consuntivo, con el que la carne se corrompe y cae á pedazos. Todas estas miserias serían llevaderas si no fuera por la falta de local. La cárcel fué construída para contener ochocientas personas; pero con frecuencia hay aglomeradas en ella más de dos mil. El hospital tiene camas y ropa blanca para cuarenta ó cincuenta pacientes, pero como á menudo ocurre que hay hasta cuatrocientos cincuenta enfermos en él, cuatrocientos se ven obligados á quedar en el suelo, amontonados, dejando sólo un pequeño paso libre en el medio. Estos desgraciados hacen un lío con sus ropas que les sirve de almohada, y se



SIRIA.—Kefr Nabo: Casa del siglo V. (Pág. 60)

pués de ser clasificados, se les envía á sus respectivos destinos.

Muchos escritores y aun los mismos oficiales del Gobierno, han descrito la prisión central de Tomsk y el hospital á ella anejo como «lugares impropios aún para perros.» Unos ciento cincuenta presos llegan y salen dos veces por semana; de modo que el término medio de criminales que anualmente pasa por Tomsk es de cerca de trece mil. Todos ellos permanecen de una á cuatro semanas en la prisión central, sitio tan inficionado con aire fétido, que es casi imposible librarse allí de la fiebre. El P. Gromadski la ha tenido ya cuatro veces, y lo mismo le ha sucedido al Dr. Orzeszko.

Hay tres clases diferentes de fiebre: el tifus amarillo, en el que la piel del enfermo llega á quedar tan

cubren con sus chaquetas: el poco lienzo que tienen no puede llamarse blanco, porque está negro con la suciedad, y á menudo se encuentran en las manchas de materia corrompida gran hervidero de gusanos.

El Gobierno conoce perfectamente este horrible estado de cosas, pero no toma medidas para remediarlo ó para proporcionar á aquellos infelices alguna mayor comodidad. Tal vez temen las Autoridades que cualquier dinero dado con este objeto, pueda ir á parar á los bolsillos de los oficiales, cosa que con frecuencia acaece en Rusia.

Cada enfermo recibe diariamente la cantidad de treinta *kopecks*, que se supone ser bastante para cubrir todas sus necesidades. Cuando el Dr. Orzeszko visita el hospital, se ve obligado á acercarse de rodillas

á los pacientes para examinarlos. Después de haber visitado ocho ó diez, se levanta para estirarse, se pone como la muerte, pálido y se desmaya, trastornado con tan horrible fetidez. Los ayudantes lo sacan entonces de la habitación, y le rocían con agua, hasta que recobra el sentido.

—¿Dónde estoy? es lo primero que suele preguntar. Pero al volver en sí, añade:

—¡Ah, sí, es la visita!

Sin embargo, este buen hombre se domina hasta el punto de volver de nuevo á la fétida sala del hospital, donde al poco rato otra vez le acaece lo mismo. A menudo se desmaya tres ó cuatro veces en una misma mañana, y siempre cuando después de sus visitas diarias se va á su casa está tan pálido y exhausto de fuerzas que apenas puede tenerse en pie.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

V

La colina sagrada

A PENAS estamos á media hora de la jivaría; una vez allí no encontraremos más sociedad ni población que nos la recuerde. Por esto Macas merece ser conocida, antes que entremos de lleno en el territorio de la vida salvaje, sobre todo por la vocación providencial que le ha cabido desempeñar en este desierto.

La anchurosa y pintoresca playa del Upano, cubierta de bosquecillos y del precioso arbusto laurel, cuya semilla da la blanca cera que lleva su nombre, principal riqueza de la pobre gente de Macas, divide por el Oriente el dominio territorial de la población del de la jivaría: el encajonado y sombrío río Jurumbay parte de Norte á Sur por el Occidente hasta desaguar en el Upano, dejando la pequeña aldehuela encerrada en una casi isla, ceñida por dos ríos como por un anillo.

En el centro se alzan los rústicos edificios sobre postes de chonta y helecho, circundados de guadúa partida como anchas tablas, y cubiertos los altos techos de linda paja denominada *toquilla*, que también sirve para finísimos y lujosos sombreros. Las habitaciones, albergue apenas de sesenta familias, no deberían ocupar, económica y razonablemente, más de cuatro cuadras; pero la inmensidad del bosque, la libertad de los hijos del desierto de vivir donde quieren, y los caprichos de una gente que se complace en morar aisladamente, las dejan diseminadas en el espacio de media legua; las casas de distancia en distancia, separadas unas de otras, forman, no una reunión ordenada y simétricamente dispuesta, sino un confuso, aunque vistoso desorden, cuya belleza puede apreciarse en toda su extensión sólo desde la altura del Mirador de Yungalli. En los espacios intermedios hállase tupido bosque que purifica el aire; y á veces árboles del colorado achiote, del aromático canelo, de la agradable guayaba, de redondos naranjos, del fragante limonero, del primoroso café, de la pitahaya deliciosa, primer fruto americano, superior á la piña, al mango y aún á la chirimoya, que encantan la

vista, deleitan el olfato ó provocan el apetito. El centro, quebrado y desigual de la población, contrasta de manera no poco agradable con las planicies que la circuyen con sementeras y solares de tabaco de sombrío aspecto, de yucales de simpático follaje, de cañaverales de dorada hoja, de platanales de fruto exquisito, de potreros de verde gamalote para el buey y la vaca, desde poco tiempo allí aclimatados.

Macas tiene una sola calle que atraviesa de Norte á Sur por medio de la población; alguna que otra casa va desfilando de trecho en trecho á los lados. Para penetrar en las casas separadas de esta calle, ó ir de una á otra ó á las sementeras, preciso es sumergirse en angostos senderos cubiertos de follaje, por donde apenas se ve la luz, y pasar por entre graciosos y festonados arcos de verdura, hasta entrar de lleno en la atmósfera de viva claridad que rodea la casa ó sementera buscada.

En el centro de la población, de la calle antedicha se desprenden dos sendas, despejadas y paralelas, á una cuadra de distancia, que van hacia el Este, es decir, hacia la orilla del Upano, á la alta y redonda colina, sobre cuya cima están la plaza, la iglesia y convento; como si dijéramos son las calles del monte Moriah, en cuya cima hallábase el templo de Jerusalén y el palacio de Salomón.

Con un gusto exquisito y por una razón profundamente filosófica y teológica á la vez, edificaron los macaveos la casa de Dios sobre esta colina, que en toda la extensión de la palabra merece llamarse sagrada, en oposición á la diabólica de los jivaros. De allí no sólo se domina la población de Macas, sino también gran parte del territorio salvaje de la jivaría; así como de estas partes se puede dirigir la vista al par que el pensamiento y el corazón al templo en donde habita el Rey de los reyes y Señor de esas soledades. Este templo, el único en ese vastísimo Sahara de verdura, como el de Salomón en el inmenso desierto de la antigüedad, trono del Altísimo, lugar de gloria, de su grandeza y soberanía, es natural que ocupe lo más alto y sublime de la población, y que quien tiene su asiento en la cumbre inaccesible de los cielos, lo tenga también en la más elevada de la tierra que le adora.

La espléndida colina, donde brilla el sol en todo su esplendor, á cuyas faldas las flores ostentan sus graciosas variedades, en cuyo torno los pájaros regalan el oído con deleitables trinos, contrasta de manera muy peregrina con la pobreza del edificio, que si bien ancho y espacioso, capaz de contener la pequeña población, es también de paja y caña picada la casa de Dios, como las demás casas de los hombres. Sin embargo, semejante á la del Calvario, con una misión providencial, circundada de un no sé qué de divino, donde todo es misterio y encanto, la colina de Macas ha recibido la sangre humeante del Cordero de Dios que debe redimir ese mundo de paganismo, idolatría y superstición: allí la ha derramado Jesús abundantemente, mas no sobre un tosco madero, no anonadado por una grandeza infinita de dolores, ni engolfado en un abismo inconmensurable de dicterios y blasfemias; sino en medio de numerosas y blancas luces, rodeado de lindos y floridos ramilletes de gayos colores y suave perfume, entre nu-

bes de oloroso incienso de chaquino y estoraque, y al delicioso concierto de argentadas voces de las sencillas vírgenes macaveas, que resuenan en los aires, estremecen de gozo á la colina y la tienen como suspensa entre abismos de armonía.

¡Oh, cuántas veces estalló de esa manera el esplendor de ese acto sublime y subió á los cielos en brillante é inmensa nube de gloria, á ofrecer innumerables acciones de gracias al Creador por la multitud de sus beneficios!

Muchas veces los rayos del sol naciente penetraron á través de las aberturas de la pared de tablas de chonta y guadua, y se reflejaron en el oro del cáliz que contenía la Divina Sangre; y los vivos reflejos de su lumbré, que brillaban como onda rutilante de luz entre piedras preciosas, transmitían á los ojos y al corazón la fe más viva, la esperanza más firme y la caridad más sublime en esa radiante lumbré, en esa llama ilimitada de amores increados, oculta de manera inefable bajo las especies del Sacramento, y que, sin embargo, llena de resplandor toda la inmensidad de los espacios celestes, con una magnificencia de esplendores que deslumbra el brillo de millones de bienaventurados.

Con razón una macavea de talento y corazón profundamente católicos exclamó: «La iglesia llena Macas, despide en torno suyo raudales de misteriosos encantos, más aun que sus mágicos y seculares bosques: si un día desapareciese (lo que desgraciadamente sucedió), perdería su vocación providencial, y quedaría convertido en un rincón de estas soledades.»

Dirijamos también la vista á los fenómenos de la naturaleza, y á la incipiente sociedad de Macas que se domina desde la misma colina sagrada.

De frente se nos presenta el Quilamo, que, semejante al Panecillo de Quito, al San Cristóbal de Santiago de Chile, al monte de la Ensenada de Montevideo y al Corcobado de la bahía de Río Janeiro, domina completamente la población; pero no impide la vista de la gran cordillera que va de Norte á Sur con todos sus ramales gigantescos; sus picos, sus nevados y el regio y candidísimo Sangay, que al Noroeste levanta airoso la frente, y tiende sus resplandecientes vestiduras sobre su trono de roca, y arroja al espacio inmensa columna de humo negro y espeso, que á veces se retuerce como serpiente que aterra, y á veces va lenta y majestuosamente en nubes al cielo, como el humo de un incensario en el altar al rostro de Dios.

En algunas noches presenta este temible volcán el fenómeno más espléndido de toda la creación: cuando el rey de los astros ha escondido la hermosa faz, y las tinieblas han desplegado negro manto sobre la superficie de las selvas y la han envuelto en formidable caos; el Sangay cambia en lumbré su blanquísima vestidura del día, y brilla con esplendor mil veces más luciente que el oro de un templo y las estrellas del firmamento, y derrama rayos de vivísima claridad á inmensas distancias. ¡Oh! ¡entonces el Sangay es admirable, arrebatador y verdaderamente sublime! Con razón los legisladores ecuatorianos dieron al cantón Macas el nombre del padre y rey de esta región.

Los macaveos son inteligentes, honrados y sencillos, y, cuando se lo proponen, activos, laboriosos y sufri-

dos, aunque apáticos é ignorantes por lo regular, por falta de educación y buena crianza: prevalece en su tipo marcadamente la raza blanca, aunque algo mezclada, no con los jívaros, sino con los antiguos macas.

Como gente de campo, pasan los macaveos la vida en el cultivo de sementeras; pero á pesar de la riqueza y feracidad de la tierra, nunca corresponde al trabajo el final resultado de los negocios agrícolas, por falta de caminos y medios de exportación. Elaboran cera de laurel, de calidad muy fina; cultivan tabaco, pero mal por descuido; cosechan buen maní y magnífico achiote; y la conducción de estos efectos al mercado cuesta más que lo que razonablemente valen; y por la misma causa se pierden el café, el cacao, la canela, el ishpingo, la caña de azúcar y otras mil y mil riquezas, por falta de brazos y vías de comunicación.

En cuanto al trabajo positivo de los misioneros dominicanos para con los macaveos, su primera ocupación, como es natural, fué la enseñanza intelectual y moral, no sólo para que contribuyesen al buen ejemplo y conversión de los salvajes, sino también para que andando el tiempo ocupase Macas lugar modesto, sí, pero honroso entre las sociedades civilizadas y felices. Procuraron con ahínco corregir los resabios de esta gente sencilla, adoctrinarla en las enseñanzas católicas, é infundirle amor á sus deberes; nada omitieron los misioneros á fin de poner en planta miras tan cristianas; todos los resortes que les ha sugerido su celo hanlos puesto en movimiento: predicaciones, ejercicios espirituales, Misiones extraordinarias, catecismos, Cofradías y Asociaciones piadosas, conferencias científicas, Círculos católicos, etc., etc.

Repárese, no obstante, que á los hombres provechosos, aferrados como son por lo general á sus antiguas ideas y tradiciones, darles nuevas y más amplias nociones de religión y cultura equivale á dar baño de acero al hierro; lo único que se logra es dejarlos más retemplados, reacios y obstinados: con un horizonte más vasto de ideas, échanla de más civilizados y entendidos, pero no por eso abandonan sus vicios y devaneos.

Con esta consideración, natural era apoderarse desde el principio de la tierna inteligencia y del inocente y blando corazón de los niños, para imprimirles profundamente el sello y tendencias del espíritu católico, fuente inagotable de moralidad, virtud, civilización, felicidad y progreso verdaderos. Los niños de hoy formarán el pueblo de mañana; y si esos niños salen debidamente instruidos, morigerados y laboriosos, ese pueblo también, no cabe duda, será un hermoso plantel de hombres honrados y familias dichosas.

Una escuela de niños convenientemente arreglada y provista de lo necesario por los misioneros, dió á Macas durante cuatro años los mejores y más halagüeños resultados. Más de cuarenta niños recibían ahí la instrucción primaria, muchos de ellos daban razón de Catecismo, Historia Santa, Gramática, Geografía, Aritmética y otras nociones elementales.

Quien con increíble constancia y paciencia angelical puso manos á la obra difícil y enojosa tarea de la enseñanza á los niños, fué el R. P. Alberto Delgado, segundo vicario de la Misión.

Algún tiempo después de establecida la escuela de niños, otra de tiernas, inteligentes y aplicadas niñas, bajo la dirección de una experimentada y virtuosa señora, ofrecía á Macas el más lisonjero y bello porvenir. Educadas y aleccionadas estas niñas con el ejemplo y la palabra, habrían formado el encanto de su familia, la gloria y la dicha de la modesta aldehuela; sólo era menester dejar al tiempo el desarrollo y perfección de estas rosas encerradas en el pimpollo; pero desgraciadamente la obra de los misioneros fué cortada, como se corta el hilo de la vida humana, en lo más florido de la edad juvenil.

BRASIL

Misión salesiana del Matto Grosso.—Colonia Teresa Cristina.—Encuentro con los indios.—Una víctima del baire.—Dificultades de esta Misión.

Desde la colonia Teresa Cristina escribe el R. P. José Solar, misionero salesiano:

AL fin hemos llegado felizmente á la colonia Teresa Cristina. El 20 del pasado Mayo, acompañados del Sr. D. Alfonso Roche, partíamos de Cuyabá en la lancha vapor *Antonietta*, y empleamos poco más de cuatro días en atravesar el río de Cuyabá, pues de cuando en cuando nos parábamos para bautizar y bendecir matrimonios. Llegados al San Lorenzo, la navegación se hizo en extremo difícil, tanto porque íbamos contra la corriente, como por navegar en aguas desconocidas; así es que no sabiendo por donde íbamos, nos vimos precisados á marchar sólo de día, pues corríamos el peligro de encallar, ó lo que peor hubiera sido y de

más graves consecuencias, de chocar contra alguno de los muchos troncos de árboles que, arrastrados por la corriente, se encuentran por do quiera: pero ni aun de día podíamos caminar siempre, pues á cada momento era necesario nos paráramos á fin de cortar leña para la máquina, que, como V. Ilma. sabe, es el carbón que por aquí se usa. Aprovechando estas paradas, me internaba en la selva en compañía del Sr. Roche, para cazar pájaros y embalsamarlos, pues dicho señor me ha enseñado esta operación.

Los primeros en pasar con grandes embarcaciones el río San Lorenzo, hemos sido nosotros; pues antes de ahora no se habían visto en él más que canoas. Este río es generalmente menos tortuoso que el Cuyabá, y lleva mucha más abundancia de agua. Desde su desembocadura en el mar hasta el río Piguiry la navegación es fácil; mas desde éste hasta el Tarigara, que es un brazo del San Lorenzo, el agua escasea bastante, porque penetra con mucha fuerza por dicho brazo, así es que el San Lorenzo viene á quedarse casi seco. Más arriba del Tarigara la navegación vuelve á hacerse fácil, pero se requiere mucha atención para no chocar contra alguno de los muchos troncos sumergidos.

Antes de llegar al Tarigara bajamos á tierra el señor Roche y yo, y notamos pisadas recientes de hombre, pero no nos atrevimos á seguirlas; pues algunos rugidos de tigre nos dieron un susto mayúsculo: apenas pasado el Tarigara vimos á dos indios que al momento de vernos se internaron en la floresta. Paramos el vapor, y empezamos á llamarles á voces con el fin de hacerles



SIRIA.—Bordj-Haidar: Capilla. (Pág. 60)

algunos regalos, mas sólo después de algún tiempo se nos presentaron cinco indios que nos espiaban: á cada uno de ellos les di pantalones, continuando después nuestro camino. Poco después encontramos á casi toda la tribu de los *corosos-boroados*, de la ya destruida colonia Isabel, con su cacique, y un poco más distante llegamos al sitio donde se hallaba establecida dicha colonia.

cuyo caso haría fabricar una hermosa cabaña para el sacerdote. El Sr. Roche confirmó mis palabras, pues ambos nos propusimos trabajar sin descanso por la causa de estos indios, porque sería una crueldad abandonarles. Son salvajes, es verdad, pero de buena índole, y mucho mejores que los de la colonia Teresa Cristina: será imposible reunirles con éstos, porque mutuamente se odian: no queda por lo tanto otro remedio que for-



SIRIA.—Qala'at Sem'an: Vista de la basilica de San Simeón Estilita, tomada desde el N. E. (Pág. 61)

En el Reglamento *de terras e colonizações* hay un artículo que dice «que el terreno habitado por los indios no puede venderse, porque cuando los indios hayan sido civilizados deberá distribuirse entre ellos.» En virtud de este artículo, el terreno de dicha colonia debía haberse reservado para los indios que la habitaban, pero no faltaron quienes hicieran creer al Gobierno que allí no existían ya indios, por lo que se les vendieron dichos terrenos. En verdad que los indios no habitan ya la colonia, porque los nuevos amos los han arrojado á cajas destempladas á otra parte, pero habiéndonos visto á nosotros, llegó á la mañana siguiente el cacique con toda su tribu. El cacique es todavía joven, semicivilizado, sabe un poco el portugués y está bautizado. Cuando niño fué cogido y llevado á la ciudad, donde por algún tiempo frecuentó la escuela, pero ya lo ha olvidado todo, y vive como los demás. Hablando con él le dije entre otras cosas que tal vez dentro de poco les mandaría un sacerdote para que les enseñara á vivir como civilizados y cristianos.

Pasadas algunas horas se acercó al Sr. Roche preguntándole si era verdad lo que yo le había dicho, en

mar una colonia, en la que sin duda se recogerán mayores frutos que en la de Teresa Cristina. Con este fin el Sr. Roche se ha propuesto trabajar con ardor con el Gobierno, á fin de que lo más pronto posible pueda realizarse esta idea. Aquí hemos bautizado á dos indios adultos que vivían con una familia cristiana.

Después de grandes dificultades, picaduras de mosquitos, y un largo y pesado viaje, llegamos el 5 de Junio á nuestra colonia, siendo recibidos entre el alegre sonido de la banda militar y el disparo de salvas y morteretes. También salieron á recibirnos los indios con sus mejores galas, y empleando todo el repertorio de sus cumplimientos y ridículas ceremonias. Alguno de ellos llevaba solamente un frac sin mangas, otros un decálitro sin fondo en la cabeza, y así por el estilo, de manera que parecía una comparsa de Carnaval. Al día siguiente repartimos á los indios la ropa que traíamos, muy poca por cierto con relación al número de ellos: esto no obstante, quedaron vestidos entre mujeres y hombres unos trescientos, pues á uno le dábamos una camisa y á otro pantalones: muchos, sin embargo, han debido quedar en su primitivo estado adamítico. Ahora

no dejan de molestarnos para que les proporcionemos mantas con que abrigarse durante la noche, especialmente en esta fría estación: pero ¡tenemos tan pocas!...

Dos días después de nuestra llegada, encontramos en una cabaña á una pobre india á quien la noche anterior habían ya cantado el *bacururú* (1) por encontrarse próxima á la muerte. Yacía la desgraciada en el desnudo suelo y en medio de toda suerte de inmundicias, no teniendo por almohada otra cosa que un leño y una piel de mono para cubrirse. Estaba reducida á los simples huesos, y apenas si le quedaba un hálito de vida, pues hacía varios días que no tomaba alimento alguno. Su cara estaba pintada con *urucú* (2) y algunas líneas negras, y su cabeza y todo el cuerpo hasta la cintura, menos las manos, untado con resina *urucú*, grasa y plumas de *arara*; sus piernas se encontraban en un estado horrible y repugnante á causa de la resina negra de que estaban llenas.

Tales son los preparativos que estos infelices indios hacen para la muerte. Su respiración era casi imperceptible, sus ojos los tenía desmesuradamente abiertos y casi apagados, su cuerpo apenas podía moverse, y parecía destituida de los sentidos. La bauticé bajo condición, *si est capax*, y el Sr. Roche le hizo tragar una medicina que traía consigo, después de lo cual nos retiramos. Al cabo de dos horas volvimos á visitarla, y la encontramos bastante mejorada: el Sr. Roche le dió otra dosis, y nos retiramos para ver la mejor manera de transportarla á la casa de las Hermanas, á fin de atenderla según su estado lo requería y librarla de las garras del *bairé* (brujo); mas no llegamos á tiempo, pues un cacique nos anunció al poco rato que la pobrecita había muerto. No bien habíamos salido nosotros de la cabaña, entró el *bairé*, y cubriendo la cabeza de la desgraciada con un pedazo de estera, entonó el *bacururú* en unión de los circunstantes: después poniéndole un pie en el estómago y pasando su mano por debajo de la estera, la sofocó: temía el malvado que nuestros cuidados la salvaran, y que su profecía fuera de esta manera desmentida. Cuando llegamos nosotros era ya frío cadáver; varias mujeres, en medio de infernales gritos de dolor, envolvían su cuerpo en una estera, y el marido rompía sus arcos y flechas y los arrojaba sobre el cadáver: tomando después el vaso en que la enferma había bebido la medicina, lo rompió y con sus pedazos se cortó por varias partes horriblemente las piernas. Sacado el cadáver fuera de la cabaña por cuatro robustos jóvenes, el *bairé* y los indios de la comitiva entonaron el *bacururú*, en tanto que el marido y los parientes próximos de la difunta continuaban su horrible carnicería, para cubrir con su sangre el cadáver: era esta una escena tál, que mis ojos no pudieron contemplarla por más tiempo y hube de retirarme; el P. Balzola se esforzaba en impedir semejante barbaridad, mas todo fué inútil. Al día siguiente amaneció el marido con espantosa fiebre.

(1) Incomprensible música y cantos fúnebres.

(2) Pomada encarnada con que se embadurnan los salvajes del Brasil.

Muchas y grandes, aun mayores de lo que nos pensábamos, son las dificultades que en esta nueva Misión se nos presentan. Ante todo es necesario que aprendamos la lengua, que á la verdad no es muy difícil: ya he podido reunir unos doscientos cincuenta vocablos, y creo que con otros tantos me posesionaré bien de toda su literatura. El mismo idioma hablan los salvajes de la extinguida colonia Isabel: así es que esto nos facilitará la Misión entre ellos: ya hemos empezado á iniciar en el trabajo á nuestros salvajes, que no son tan feroces como los pintan, sino todo lo contrario; y todos los días les visitamos, sólo que son demasiado exigentes, y nunca se encuentran satisfechos.

Los soldados aquí destacados son veinticinco, y en vez de dar buen ejemplo á los salvajes, se embriagan con desconsoladora frecuencia.

Nuestro trabajo es tan grande, que no sabemos como arreglarnos, pues somos misioneros, gobernadores, delegados de policía, jueces de paz, etc., etc. Debemos atender á las exigencias é impertinencias de los salvajes, enseñarles á fabricarse mejor sus cabañas, á trabajar, á cultivar la tierra, y Dios sabe cuántas cosas más.

Cuando V. Ilma. venga, y esperamos sea pronto, al ver nuestras tareas, se verá precisado á mandarnos nuevo y abundante personal: para todos abundará el trabajo.

El Sr. Roche tiene intención de comprar un vaporcito para ponerse al servicio de la colonia y poder tener el honor de transportar á V. Ilma. en su próximo viaje. Este señor es un verdadero amigo nuestro, y se interesa por nosotros como pudiera hacerlo un verdadero salesiano.

NUEVA GUINEA

Consoladores resultados obtenidos por los misioneros en el archipiélago de la Papuasía (conclusión)

EL viernes tomamos el camino de Bereina. La expedición se reducía á tres miembros, pues los compañeros del P. Genocchi tuvieron que quedarse en Mohu, uno por enfermo, y otro en calidad de enfermero. Dos jóvenes llevaban el equipaje: mantas, mosquiteros, etc. Bajamos en piraguas el Poimo, engrosado con numerosos riachuelos. Las orillas están cubiertas de árboles: el golpe de vista es allí magnífico. Con todo, conviene contemplar de lejos el cuadro, pues si bien los paletuvios ostentan su cabeza fresca, verde y graciosa, arraigan en el lodo más infecto.

Pasamos por la aldea de Abiara, y por fin, tras ruda jornada, llegamos á Bereina. Por la tarde los niños, acompañados de sus padres y madres, reuniéronse en la escuela. A pesar de que esta estación es reciente, los niños saben la letra del Catecismo, y leen con regular soltura.

Después de la clase visitamos á Bereina, que se compone de dos poblados muy distintos, pues el agua que desciende de los montes forma entre ambos una barrera.

El día siguiente, celebrada la Misa, subimos á una de las bellas colinas que rodean á la población. El panorama es magnífico: al frente hay una vasta llanura, cortada á trechos por bosquecillos, riachuelos, estan-

ques, etc. A la derecha, en el fondo del cuadro, se ve el mar y Yule Island, y detrás de nosotros la cordillera y el gigantesco monte Yule.

Acompañados luego por el P. Karsseleers y algunos hombres y muchachos, nos dirigimos á Abiara, donde los indígenas con el jefe salieron á nuestro encuentro. Esta aldea sólo cuenta un centenar de habitantes, y en ella hallamos los más hermosos tipos. Los hombres son de elevada estatura, bien proporcionados, sólidos y de agradable aspecto. Un joven, de exuberante cabellera llena de plumas y flores, tiene la talla de un metro ochenta centímetros y el pecho muy ancho.

Descansamos dos horas en Abiara, cuyos habitantes nos condujeron triunfalmente hasta los límites del pueblo. Al pasar por delante de la casa que han construido para nosotros, dijeron á nuestro Padre Superior:

—Gran misionero, ¿cuándo nos enviarás un sacerdote?

—Hijos de Abiara (*Abiari miori*), pronto, pronto (*Muri-muri*).

Cinco jóvenes y muchos niños nos acompañaron hasta el Poimo. Cuando llegamos á la estación las legiones de mosquitos, que han establecido su campo en Mohu, picaron sin compasión. San Patricio arrojó un día las víboras del país que evangelizaba, la verde Irlanda. Convendría un nuevo San Patricio para arrojar las serpientes y los mosquitos de la tierra neoguinea y del país de Mohu.

El día siguiente, á la una de la tarde, tomamos otra vez el camino de Pinupaka. Al vernos los muchachos, salieron á recibirnos repitiendo la fórmula de saludo acostumbrado en todas nuestras estaciones:

—¡Ave María, Pé Genocchi! ¡Ave María, Pé! ¡Ave María! ¡Ave María!

El día siguiente el P. Genocchi bendijo la iglesia nueva. Ni un salvaje faltó á la ceremonia. La iglesia de San Juan de Pinupaka, construida de madera de cocotero, de bambús, de hojas de sagutios, etc., tiene el techo de cañas. En el interior el altar, hecho con trozos de cajas, está cubierto con sencillos lienzos: encima hay una crucecita y seis candeleros. El H. Juan, que la ha construido, lamentase de no ver en ella una estatua ó por lo menos un cuadro de San Juan.

A las seis de la tarde estábamos de vuelta en Puerto León. Durante la ausencia del reverendo Padre Superior, dos de los Hermanos recién llegados cayeron enfermos de calenturas palúdicas. Los otros enfermaron casi al mismo tiempo. Uno de ellos, el más vigoroso y joven, debía ser presa del terrible azote, víctima pura escogida por el Divino Maestro para el rescate de las infelices almas de esta querida Nueva Guinea.

De constitución robusta, el H. Claudio Allera había sido el más valiente durante la excursión. Esta misma tarde la fiebre le atacó con extremada violencia. El domingo el termómetro marcó 41° de calentura, y en la mañana del lunes, 24 de Julio, el alma de nuestro Hermano voló á patria mejor. Contaba solamente veintidós años, y era natural de Annecy. Muy niño había venido á Issoudun, á esa escuela de misioneros titulada Pequeña Obra del Sagrado Corazón. Diez años antes

otro hijo de Annecy, amigo de su familia, le había mostrado el camino: era Estanislao Enrique Verius.

Ese Prelado obtuvo que le concedieran el H. Claudio por secretario, y el P. Genocchi quiso tener á su lado al que mereció la preferencia del apóstol de Nueva Guinea. Se ha encontrado un billete en el cual el H. Claudio Allera transcribió la consagración por la cual el ilustrísimo Verius se ofreció como víctima por sus queridos salvajes. Quiso ser también una víctima, y Dios aceptó su ofrenda.

Antes de terminar añadiré un rasgo que prueba la acción de la gracia en el corazón de nuestros salvajes. Advirtieron al P. Genocchi que un hombre no pudiendo contener su cólera, quería dar muerte á su mujer porque se había ahogado su hijo único. Era el segundo que experimentaba tan terrible suerte, y acusaba á su mujer de falta de vigilancia. La aldea, de Chiria (*V. el grabado de la pág. 65*), dista media legua de la estación, y á pesar de que eran las ocho de la noche el Padre partió con un Hermano. Hallaron al salvaje sentado en la choza, con el cuchillo á sus pies y rugiendo como una fiera. La mujer se había refugiado en una casa vecina. El Padre Superior sentóse á su lado, y le abrazó diciéndole:

—¿Has olvidado que eres hijo de Jesús? Jesús te ha perdonado tantas veces el mal que cometiste ¿y tú no perdonarás á tu mujer? ¡Bien sabes que tu venganza no volverá la vida á tu hijo!...

Y el Padre presentó el Crucifijo al infeliz salvaje, que lo besó repetidas veces. Entonces el misionero le hizo prometer que perdonaría á su esposa. Para este bautizado de ayer la cosa era harto difícil. Prometió, por fin; y el Padre, después de haberle consolado, se retiró llevándose el cuchillo.

El día siguiente fué á bendecir la tumba del angelito que había volado al cielo. Cuando llegó, marido y mujer estaban sentados uno junto á otro, llorando, y rodeados de sus parientes y amigos.

Cada día se muestra más visiblemente la gracia divina. ¡Ojalá que todos estos salvajes se conviertan en discípulos fieles de Jesucristo antes de que los blancos vengan á traerles sus vicios, frutos de una civilización corrompida! Las oraciones de todos los asociados de la Propagación de la Fe obtendrán esta gracia del Sagrado Corazón de Jesús.

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XV

Kefr-Nabo, Bordj-Hajdr, Basufane

La visita que hicimos á Barad nos obligó á dar un rodeo hacia el Norte. Tenemos, pues, que volver ó poco menos á nuestro punto de partida, torciendo algo hacia el Oeste, para tomar de nuevo el camino de Qala'at-Sem'an.

Las aldeas Kefr-Nabo y de Bordj-Haidar se ven en las alturas entre valles que descienden á Levante.

En todas partes hay idénticas ruínas de edificios que datan de catorce siglos, revelando una población inteligente, acomodada, que hacía bien todas las cosas, así sus casas como sus iglesias, y marcando en todos sus edificios la fe cristiana de que se gloriaba.

En el dintel de la puerta de una linda casa de Kefr-Nabo, léese en griego la doxología sagrada:

Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto,

Seguida de este versículo del salmo cxx:

Dominus custodiat introitum tuum, ex hoc nunc, et usque in sæculum. (Que el Señor guarde tu entrada y tu salida ahora y siempre. Amen. En el año 525? (476 ó 477 de nuestra era).

Domina la inscripción el monograma de Cristo en un lindo rosetón flanqueado por otros dos.

Al salir de la aldea se ven á los lados del camino artesillas funerarias labradas en la roca: una de ellas, verdadera miniatura de ataúd, debió encerrar los despojos de un recién nacido.

Bordj-Haidar, la torre de Haidar, se distingue desde lejos por una grande torre para vigía, construida en

un magnífico esqueleto de basilica; singular cuadro que no se hallaría en otra parte.

En admirable estado de conservación hemos visto la capilla, que á muy poca costa podría ser convertida en bonita iglesia de aldea, si viniesen cristianos á establecerse en estos lugares. El pavimento del ábside, al que se sube por cuatro escalones; las espigas de piedra que sostenían la balaustrada; el techo del ábside formado con grandes sillares; la sacristía con puerta independiente, todo está casi intacto desde hace catorce siglos. Las ventanas aisladas terminan por abajo en una voluta, detalle singular desconocido en el arte antiguo, que ha pasado al arte árabe. Volveremos á encontrarla en Qala'at-Sem'an y en otros puntos.

Siguiendo un valle que baja del Oeste se llega en una hora á Basufane, aldea relativamente moderna, agrupada en torno de una iglesia de los cruzados, en donde de diez á quince familias habitan en casas hechas para su uso. Huertecitos, higueras y viñas le dan el aspecto de un oasis en medio de los interminables penascos de los montes. Una antigua inscripción siríaca,



SIRIA.—Qala'at Sem'an: Octógono central de la basílica de San Simeón Estilita (siglo V), vista por S. O. (Pág. 61)

la Edad media con materiales antiguos repicados. Dos vastas iglesias y una graciosa capilla, situadas á algunos pasos en los campos, indican el emplazamiento de la antigua población cristiana. Una de las iglesias, semejante á las de Muchabbak y de Cloteh, hoy despojada de sus paredes laterales, proyecta en el cielo sus diez columnas, sus arcadas y su claraboya de ventanas,

en el muro exterior de la iglesia, quizá tendría algún interés: sentimos no haberla fotografiado.

Nos dijeron que al cabo de una hora llegaríamos á Qala'at-Sem'an, y apresuramos el paso entre los penascos. El horizonte se dilataba: al Poniente se desplegaba á nuestros pies la extensa y fértil llanura del Afrin, que termina á lo lejos en el lago de Antioquía.



FIG. 1. — Orillas del Rewā. (Pág. 70)

Al Mediodía, á nuestro frente, elevase paulatinamente el vasto cono del Djebel-Cheik-Bereket (839 metros), que coronan las ruinas de un templo antiguo: al Oriente se levanta una cuenca, y el monte se abaja, estrechado entre aquélla y la llanura.

XVI

San Simeón Estilita

De pronto se ve muy cerca, en la punta meridional de las alturas, la inmensa basílica de cuatro brazos, levantada en torno de la columna de San Simeón Estilita, su vasto convento y su espléndido bautisterio. (*V. los grabados de las págs. 57 y 60*).

Semejante conjunto de edificios religiosos excede por su amplitud, belleza y conservación todo lo que cabe imaginarse de una ruína cristiana del siglo V, abandonada en medio de infieles. Es digna del Santo extraordinario cuya memoria conserva, y es el más bello monumento del arte cristiano de Antioquía y de la piedad de sus ricos habitantes.

San Simeón Estilita fué dado al mundo, no tanto para servirle de modelo en las virtudes á las cuales Dios le invita, como para enseñarle á qué tasa los Santos, ilustrados con la luz divina, estiman las penas debidas á los pecados de los hombres, y á qué altura, bajo la inspiración y asistencia de Dios, pueden elevar su penitencia sobre las comunes necesidades de la naturaleza humana.

El Santo, en efecto, ofreció al mundo el espectáculo de una penitencia hasta entonces inaudita, y tan superior á las fuerzas humanas, que el grave historiador Teodoreto, obispo de Ciró, su amigo particular, escribiendo su vida (1), teme que la posteridad tome por fábulas los maravillosos actos de que fué testigo y que multitudes innumerables vieron como él, tanto era lo que sobrepujaban á los pensamientos de los hombres. Mas otros escritores contemporáneos (2) refieren los mismos hechos vistos con sus propios ojos ú oídos de infinidad de testigos; la historia de la singular veneración con que los pueblos y los grandes rodeaban al Santo por su vida tan extraordinaria; un espléndido monumento levantado al rededor de la columna en que vivió, permanece á través de los siglos como un magnífico testimonio de esta vida sorprendente. Así no es posible poner en duda los rasgos principales que ilustran la memoria de San Simeón sin hollar todas las reglas de la certeza histórica.

Simeón nació en el siglo IV (390) en Sisan, entre la Siria y la Cilicia. Sus padres eran pobres labradores, y el niño guarda de rebaños. Tocado de estas palabras de la Santa Escritura: «Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los de corazón puro,» pidió á Dios le

(1) *Historia religiosa*, xxvi.

(2) Antonio, discípulo del Santo; Simeón Metafraste; Evagrio; Cadreno Suidas; Nicéfon Calisto. Véanse los Bolandistas y las *Acta S. Simeonis Stylitæ* de Assemani.

manifestase claramente lo que podía hacer para serle agradable en todas las cosas. Entonces parecióle que excavaba el suelo como para echar unos cimientos, y oyó una voz que decía: «No estás bastante bajo; excava con ardor y haz más profunda la zanja.» Y mientras ahondaba con todas sus fuerzas, oyó cuatro veces la misma orden. Por último la voz le dijo: «Basta, trabaja ahora en levantar el edificio: para esto es preciso aplicarte desde luego con tesón á vencerte á ti mismo, y luego te elevarás fácilmente á la perfección.»

Fué á morar entonces en un monasterio vecino, y luego en otro más austero, cerca del pueblo de Tell-Nichim (la colina de las Mujeres), en latín *Tetelanis-sus*, cuyas vastas ruínas, llamadas hoy Deir-Sem'an (el convento de Simeón), se extienden al pie del monte. Vivió allí nueve años bajo la dirección de cierto Maris, hijo de Baraton, edificando á todos con su caridad y las prácticas de la más ruda penitencia.

El Espíritu de Dios, que le destinaba á ilustrar al mundo, le condujo á la montaña vecina, donde, haciéndose con piedras secas una cabaña muy angosta, llevó durante diez años una vida más angélica que humana. A imitación de Moisés, de Elías y del Salvador, pasó cuarenta días sin tomar alimento, teniendo sin embargo en su celda pan y agua, según el consejo de su director, para ocultar á los hombres su penitencia, y no parecer que tentaba á Dios. Por temor de franquear los límites de su estrecha morada, se encadenó á una gruesa piedra de la misma. Mas habiéndole dicho el obispo sufragáneo Melecio, de la iglesia de Antioquía, que semejantes lazos, indispensables para retener á las fieras, no convenían al hombre espiritual suficientemente retenido por la gracia de Dios, al momento hizo cortar el aro de hierro que le sujetaba por el pie.

La reputación de su santidad y el rumor de los milagros que obraba no tardaron en divulgarse por los países más remotos. Los peregrinos de Italia, de las Galias, de España, de la Gran Bretaña y de todos los países de Oriente afluyeron á la montaña en tan gran número, dice Teodoreto, que los alrededores de su ermita eran como un gran mar de hombres y mujeres de todas condiciones, y los caminos que á ella conducían semejabán caudalosos ríos que desembocaban en el mar.

El santo varón, queriendo huir de esta concurrencia, y de la porfía de todos en tocarle y cortar pedazos de su vestido, emprendió un método de vida que desde entonces ha sido el asombro de todos los siglos. Con permiso de su director instalóse en lo alto de una columna de tres ó cuatro metros de elevación, y que con sucesivas adiciones hizo llegar hasta quince.

Esta última columna se componía de tres tambores en honor de la Santísima Trinidad, y fué labrada allí mismo, en la roca de la montaña, y levantada por los discípulos del Santo. Allí, encerrado en un estrecho parapeto, que le dejaba apenas el suficiente espacio para extenderse, permanecía día y noche expuesto á los ardores del sol, á los rigores del frío, á la lluvia, á la nieve, á todas las inclemencias del aire, la mayor parte del tiempo en pie, con los brazos levantados para orar, y adorando la infinita Majestad con frecuentes inclinaciones.

Todas las semanas un sacerdote subía á la columna por medio de una escala para administrarle la Sagrada Eucaristía. Sólo tomaba alimento cada cuarenta días.

Un género de vida tan extraordinario dió que sospechar á los solitarios vecinos que Simeón quizá lo había abrazado por instigación del espíritu del mal, pues ocurre á veces que el demonio impulsa á ciertos hombres en el camino de una singular austeridad para precipitarlos en seguida en el orgullo. Así, enviáronle dos solitarios con orden de reprenderle porque abandonaba la senda de los antiguos Padres para seguir, según las extrañas invenciones de su capricho, un camino que nadie recorrió antes que él. En seguida debían ordenarle que bajase de la columna. Caso que recibiese humildemente sus reproches y se mostrase dispuesto á obedecer, reconocerían en su humildad el carácter del espíritu de Dios, y le exhortarían á permanecer en donde el Señor le quería. Empero si manifestase mal humor y tenacidad, debían hacerle bajar al instante, aunque para ello tuviesen que apelar á la fuerza, y echar al suelo la columna.

Apenas los comisionados hubieron cumplido lo que se les ordenara, sobreponiéndose al respetuoso temor que les sobrecogió á la vista del santo varón, cuando este verdadero discípulo de Jesucristo, dando gracias por la solicitud que se tenía por su humilde persona, pidió una escala, é inclinóse al borde de la columna para bajar. Los mensajeros le dijeron entonces que continuase en paz su vida enteramente santa, y le desearon perseverancia hasta la muerte en su maravillosa empresa.

El Santo predicaba dos veces al día, desde lo alto de la columna, á infinidad de personas reunidas para escucharle. Recibía á todas horas con gracia y afabilidad perfectas á cuantos tenían que hablarle de sus intereses espirituales, fuesen ricos ó pobres, magnates ó artesanos: desvanecía sus dudas, terminaba sus contiendas, é indicaba el oportuno remedio á los males de sus almas. Todos se retiraban haciéndose lenguas de su caridad y amable modestia. Con sus discursos atrajo innumerables pecadores al camino de la virtud, y convirtió millares de sarracenos á la verdadera fe. El emperador León, la emperatriz Eudoxia y el Patriarca de Antioquía, Basilio, le escribieron, y recibieron de él respuestas llenas de humildad, en las que se apellidaba gusano y aborto de monje, al mismo tiempo que sostenía los derechos de la ortodoxia con libertad apostólica. Vivió treinta y siete años en las columnas sucesivas, y treinta en la última.

Al llegar la hora de su muerte inclinóse, según su costumbre, para adorar á Dios, y en esta postura pasó á mejor vida su alma bienaventurada el 27 de Septiembre del año 459. A esta noticia el Patriarca de Antioquía, acompañado de otros tres Obispos, con escolta de soldados fué á tomar el santo cuerpo en la columna en que permanecía, y lo transportó solemnemente á la ciudad, donde quedó primero depositado en la iglesia de San Casiano, siendo transferido más tarde

á la nueva iglesia de la Concórdia ó de la Penitencia, construída en su honor.

El emperador León mandó que el cuerpo fuese transportado á Constantinopla; pero el pueblo de Antioquia se opuso á ello, y obtuvo tan sólo algunas reliquias y el casco que el siervo de Dios llevaba en la cabeza.

La muerte del Santo no fué parte á interrumpir el movimiento de peregrinación que su vida extraordinaria y las gracias obtenidas por su intercesión habían determinado al rededor de su columna. La multitud acudió de la misma manera á la célebre montaña para ofrecerle sus homenajes y exponerle sus necesidades con la oración. Podemos creer que muchos se volverían diciendo á otros: *Defunctus adhuc loquitur*: «Difunto, nos habla todavía;» pues las muchedumbres se sucedían unas á otras. Instaláronse al pie de la montaña vastas hospederías para los peregrinos; levantóse una espaciosa iglesia en el mismo lugar que había consagrado con su penitencia en la columna, y una numerosa Comunidad vino á agruparse junto al santuario, creándose así el maravilloso conjunto de monumentos cuyas espléndidas ruínas admiramos.

EL RDO. P. MIGUEL RUA

A LOS COOPERADORES SALESIANOS

De la carta que con fecha 1.º de Enero de este año ha dirigido el reverendo Padre Superior general del Instituto Salesiano á los cooperadores, extractamos lo siguiente:

DURANTE el finido año por la bondad del Señor me fué concedida la feliz suerte de visitar á varios de nuestros buenos cooperadores en el mismo campo de su activa caridad, y no podéis figuraros el gran consuelo y el gozo que experimenté al ser testigo del celo, generosidad y espíritu de sacrificio con que promueven las obras salesianas, que merced á la bondad del Señor progresan y se desarrollan.

Las urgentes necesidades de varias Misiones de América me han obligado á dedicarles todo mi cuidado y solicitud. Ante todo, para impedir la dispersión de los indios de la colonia Teresa Cristina y que se perdiera toda esperanza de poder civilizarlos, nos fué forzoso aceptar la dirección que el Gobierno del Matto Grosso, en el Brasil, nos ofrecía, y al tener noticia de que el apóstol del Matto Grosso, el Ilmo. Sr. Lasagna (que en paz descansa), estaba dispuesto á toda clase de sacrificios antes que dajar perder la preciosa ocasión que se nos ofrecía de la conversión de aquellos salvajes, me sentí conmovido hasta derramar lágrimas.

La Misión de la Tierra del Fuego ha tomado en estos últimos años tanto y tan gran incremento, que ya no bastan los misioneros que la evangelizan.

Al anunciaros la última expedición de misioneros, la más numerosa desde que D. Bosco inició las Misiones de la América, tuvimos cuidado de daros á conocer las naciones á las que se dirigían, y bien recordaréis que hemos debido proveer á Méjico, Colombia, Ecuador, Brasil, Perú, Chile, Venezuela y Argentina; y para

satisfacer las repetidas instancias del Presidente de la república de Bolivia, hemos abierto dos escuelas de artes y oficios, una en Sucre y otra en la Paz. Sin duda os habrá causado gran maravilla saber que ascienden á ciento diez los misioneros. A pesar de tan gran número, razón tenía el Ilmo. Sr. Costamagna al exclamar en su discurso de despedida, que son tantas las necesidades de aquellas Misiones, que aquel personal apenas equivalía á una gota de agua en medio del Océano.

Para que esta sencilla reseña resulte completa, necesario es deciros una palabra al menos sobre lo hecho por las Hijas de María Auxiliadora durante el año pasado. Ante todo han podido tomar posesión de la casa de San José, no muy distante de la casa matriz de Niza Monferrato, destinada á la formación del personal necesario para las casas y las Misiones.

El Ilmo. Sr. Lasagna señaló el camino á las Hijas de María Auxiliadora para introducirse en el Matto Grosso, donde han establecido dos residencias, una en Cuyabá y la otra en la colonia Teresa Cristina, abriendo además en el Brasil las nuevas casas de Araras y de Lorena. También han fundado una casa en Mendoza (Argentina), y otra en Puebla (Méjico).

Por último, las Hermanas de María Auxiliadora que el año anterior se dirigieron á Túnez, habiéndose visto obligadas á dejar la dirección del orfelinato *Reina Margarita*, iniciaron un Instituto de educación con escuelas y Oratorio festivo en el vecino pueblo de Manouva.

Por poco que atentamente nos paremos á considerar las alternativas del finido año, nos convenceremos que más que ningún otro ha sido para nuestra Sociedad un año de alegrías y de tristezas, de gozos y de dolores, de rosas y de espinas.

Nuestro corazón se llenaba de gozo al ver crecer más y más cada día el aprecio y veneración de que por todas partes se ve rodeado nuestro amado Padre D. Bosco, que aun vive en sus obras; de consuelo nos llenaron las felices nuevas de todos nuestros Institutos y Misiones, bendecidos por el Señor; rosas de suavísimo perfume han sido para nosotros las muchas y, como esperamos, firmes vocaciones con que María Auxiliadora nos ha querido regalar, é inmenso nuestro consuelo al vernos rodeados, sostenidos y animados por una cada día creciente falange de cooperadores, que unidos á nosotros, cumplen la misión que nos ha sido confiada por la Providencia. Para mí particularmente será además el año 1895 una fecha memorable, por cuanto él me ha de recordar la devota peregrinación que he podido hacer á Tierra Santa. Al recorrer de nuevo con el pensamiento aquellos Santos Lugares, siento renovarse en mí los sentimientos de piedad que gusté al visitar Nazaret y al postrarme en la gruta de Belén y ante el Santo Sepulcro. ¡Sea bendito el Señor, que se ha dignado que mis hijos trabajen en pro de la juventud de aquellos pueblos que fueron recorridos y habitados por la Sagrada Familia, y gracias de corazón á vosotros, que me habéis ayudado á sostener nuestras casas de Palestina!

La aurora del 23 de Mayo anunció para los Salesianos un día más de gozo, ya que en él la humilde Sociedad de San Francisco de Sales presenció la consagración episcopal de uno de sus hijos, del Ilmo. Sr. Costamagna, en el santuario de María Auxiliadora, junto al que D. Bosco le había acogido niño, hecho crecer en la virtud y en la piedad, y preparado para las luchas del apostolado.

En el mismo santuario pudimos presenciar algunos meses después á los pies de María Auxiliadora, á dicho Obispo rodeado de ciento siete misioneros, en el momento de dar el último adiós á los parientes y amigos para marchar á la conquista de las almas en las lejanas playas de la América.

Mas á estas rosas no debían ciertamente faltar punzantes espinas, permitiéndolo así el Señor, que sabe sacar bien del mal y que no deja de amarnos cuando con las tribulaciones nos visita. La primera de ellas que traspasó mi corazón cuando aun me encontraba en Tierra Santa, fué la noticia de la muerte del P. Dalmazzo, que recibí cuando me disponía á partir de Beitgemal á Nazaret.

¿Y quién nos hubiera entonces dicho que en ese mismo año debíamos recibir otra noticia aún mucho más dolorosa? La catástrofe ferroviaria que en un momento nos ha arrebatado al Ilmo. Sr. Lasagna, el apóstol del Uruguay y del Brasil, con otros cinco misioneros, es otra de las más agudas espinas que nos han afligido. Cuán dura haya sido la prueba á que ha estado sometido mi corazón, os lo habréis podido imaginar vosotros, beneméritos cooperadores, que tanta parte os habéis dignado tomar en mi dolor y que tan afectuosas cartas me habéis dirigido. Continúad, os lo ruego, con vuestras oraciones en sostener y perpetuar las Misiones y múltiples obras que el fervoroso Obispo misionero tan bien había organizado y con tan risueñas esperanzas comenzado.

La alegría que toda la familia Salesiana experimentó por la consagración del Ilmo. Sr. Costamagna, fué precedida por otra dolorosísima pérdida, pues el día anterior acompañamos á la última morada á nuestro querido hermano el P. Sala, ecónomo general de nuestra Pía Sociedad y uno de los más laboriosos hijos de Don Bosco.

Ha venido también á lacerar nuestro corazón la muerte de nuestro amadísimo P. Miguel Unia, el apóstol de los leprosos de Agua de Dios, que acababa de llegar de Colombia. Su muerte acaeció el 9 del próximo pasado Diciembre. También os agradezco, amados cooperadores, las cartas de pésame que con este motivo os habéis servido dirigirme.

Vuestra bondad para con nosotros me anima á manifestaros otra de las espinas que nos afligen, cual es una notable disminución de socorros materiales. Durante el año de 1895 han disminuído tanto las limosnas, que sólo con gran trabajo y esfuerzo se ha podido atender á nuestras obras principales, cuyo único apoyo es la caridad de sus bienhechores. Sin duda que Dios ha querido que en nosotros se acreciente más y más cada día la fe viva en su Divina Providencia.

Pero en ninguna otra ocasión como en la salida de los misioneros, esta nuestra fe ha sido más probada. Urgente y necesaria era su salida para reforzar á los hermanos que con impaciencia les esperaban, y que apenas podían sostener por más tiempo el peso de sus fatigas; y por otra parte, el Ilmo. Sr. Costamagna debía anticiparse á la estación de las lluvias que durante seis meses hacen intransitables los caminos, pues de lo contrario le hubiera sido casi imposible dirigirse al punto de sus Misiones. Apenas contábamos con una mínima parte del dinero necesario para el viaje y para atender á las primeras necesidades.

Esto no obstante, después de maduras reflexiones é imitando el total abandono en la Divina Providencia que D. Bosco practicó toda su vida, me resolví á procurarme el dinero necesario, en su mayor parte á empréstito, y dejarles partir con la promesa de que les ayudaríamos cuando se encontraren en sus Misiones; y partieron, sí, pero nos dejaron las deudas: por esto habréis recibido mi circular cuando ya ellos se habían hecho á la vela. No temáis, pues; vuestras limosnas llegarán todavía con tiempo y oportunidad, y siempre serán bien recibidas. De todo corazón os doy ya desde ahora las gracias por los donativos que me habéis mandado ó que me mandaréis para nuestros misioneros.

Al inscribiros en la Pía Asociación de los cooperadores salesianos, adoptasteis nuestras obras, que por lo mismo son también vuestras; y si los hijos de D. Bosco han podido dar vida á sus Institutos y Misiones, y si en adelante pueden desarrollar éstas y aquéllas, débese á vuestra generosidad y á vuestros auxilios. ¿Qué fuera de las obras salesianas si por su desgracia les viniera á faltar vuestra cooperación?

En este estado las cosas, fácil os será comprender, beneméritos cooperadores, que no obstante nuestra buena voluntad, difícil nos será extender tanto como quisiéramos nuestro campo de acción durante el nuevo año. Y para que si no todos, al menos los más importantes y oportunos entre nuestros muchos proyectos, puedan realizarse, necesario será ante todo que redoblemos nuestras oraciones al Dueño de la mies, que tan extraordinaria y abundante se nos presenta, para que mande numerosos operarios á recogerla; y continuar importunando á la Divina Providencia para que venga en auxilio de nuestras urgentes necesidades.

Pasando por alto lo que respecta á Europa, grandes y continuadas instancias se nos vienen haciendo por el reverendísimo Vicario apostólico del Cabo de Buena Esperanza, para que le mandemos misioneros que le ayuden en la conversión de aquellos pueblos, y principalmente cuiden de la juventud, entre la que los protestantes han ya comenzado su propaganda.

Mucho también me satisfaría poder fundar una escuela de artes y oficios en Alejandría de Egipto, y me es grato anunciaros que los generosos esfuerzos de los cooperadores de dicha ciudad, serán probablemente coronados de un feliz éxito.

También parece que la Divina Providencia nos prepara un gran campo de acción entre la juventud de Palestina, tan necesitada de instrucción y de ser iniciada

en las artes, en los oficios y en la agricultura; y necesario es que acudamos al sostén de la Religión católica en aquellos países donde los protestantes, cismáticos y judíos fundan colonias, abren escuelas y trabajan con gran actividad en conquistar nuevos prosélitos.

LAS MATANZAS Y ESCLAVITUD DE LOS INDIOS DE MAGALLANES

EN un diario de Santiago de Chile correspondiente al 3 de Diciembre último, leemos lo siguiente, que demuestra una vez más qué clase de humanitarismo es el de los enemigos de la Iglesia y de los curas. Persiguen á aquélla y á éstos porque con su caridad y abnegación impiden que los débiles y los ignorantes sean víctimas de sus concupiscencias. Dice así *El Chileno*:

«En los días de la última crisis ministerial, y cuando no había un Gobierno al cual recurrir en demanda de justicia, ó al menos de vigilancia ó investigación, publicó este diario dos cartas de Punta Arenas que contenían gravísimas denuncias contra el gobernador del territorio de Magallanes.

«Se refería en esas cartas, publicadas en nuestras ediciones del 8 y 9 de Noviembre, que se hacían en la Tierra del Fuego verdaderas cacerías de indios, sin que la Autoridad se esforzase por reprimirlas, y que el gobernador de Magallanes había reducido á la esclavitud, repartiéndolos entre sus amigos, á numerosos indígenas, para impedir que fueran asilados en la Misión Salesiana de Dawson, que el Gobernador persigue con tenacidad sectaria.

«Las cartas que publicó *El Chileno* estaban autorizadas por personas tan respetables que pudimos en un editorial posterior hacer nuestras sus denuncias, acogiendo aquellos hechos como una versión absolutamente exacta en todas sus partes.



NUEVA GUINEA.—Aldea de Chiria. (Pág. 59)



SIRIA.—San Simeón Estilita ofreciéndose á Dios en holocausto. (Pág. 62)

«En aquellos días hubimos de limitarnos á decir que esperábamos la solución de la crisis ministerial para pedir al Gobierno una investigación sobre estos hechos inauditos, tan vergonzosos para la cultura nacional.

«El momento ha llegado, no sólo porque ya tenemos un Ministerio al cual dirigirnos, sino también porque todos, absolutamente todos los detalles referidos en las

cartas que dió á luz este diario, han sido confirmados primero por un diario radical, al cual no puede suponerse parcial contra el gobernador de Magallanes, y por *La Unión* en su editorial del 1.º

«Este último colega declara que el tono dramático de las cartas que nosotros publicamos, le hizo temer que hubiera en ellas exageración; pero que hoy se ha con-

vencido «por informaciones particulares de carácter enteramente seguro,» de que las denuncias de las correspondencias de nuestro diario eran completamente verídicas.

«Ya no cabe dudar de los hechos que por diversos conductos y desde distintos y opuestos órganos de la prensa, han sido dados á la luz.

«Todos los relatos convienen en que la Sociedad Exploradora de la Tierra del Fuego, se disponía á enviar á la Misión de Dawsón 165 indios para que allí fueran asilados, vestidos y civilizados, como ya lo habían sido 225 que habían enviado antes; que el gobernador de Punta Arenas mandó el escampavía *Huemul* y arrebató los indios á los misioneros llevándolos á Punta Arenas; que desembarcaron en esta ciudad en estado de desnudez repugnante; que el gobernador arrancó los indios pequeños á sus padres y madres y los repartió entre sus amigos como esclavos; que los que no fueron repartidos quedaron abandonados á su suerte; y que han perecido de abandono, miseria, hambre y corrupción, tendidos sobre la nieve en las afueras de Punta Arenas.

«Hoy insistimos en denunciar al nuevo Ministro de Colonización, que lo es interinamente el Sr. Barros Borgoño, ó al Ministro del Interior ó á quien corresponda, estos hechos, cuya gravedad á nadie se oculta y que es preciso investigar.

«El gobernador de Magallanes ha atropellado la Constitución estableciendo la esclavitud en su territorio y tratando como bestias á hombres que, por el solo hecho de haber nacido en tierra chilena (cualquiera que sea su estado de barbarie), son conciudadanos chilenos y están bajo el amparo de las leyes de la república.

«Y este mismo gobernador, cometiendo actos de estúpida crueldad, movido por odios sectarios á unas Misiones que se sacrifican por civilizar á los indios, ha faltado á las leyes de la humanidad é inferido grave ofensa á la cultura del país que le paga para que le sirva ese puesto.

«La investigación gubernativa es, pues, urgente, porque es preciso que los hechos se establezcan antes de que puedan borrarse las huellas de los delitos que deben investigarse.

«Las últimas versiones de la prensa se imponen á la consideración del Gobierno con fuerza que los Ministros no se atreverán á desconocer.

«Esperemos alguna medida gubernativa antes de pedir que el Congreso llame la atención del Gabinete hacia estos hechos, y lo haga responsable de la impunidad en que hasta hoy están los funcionarios que en forma tan inhumana han violado la Constitución de la república y las leyes cristianas de cultura y respeto á las personas.»

SITUACIÓN RELIGIOSA DE BERLÍN

BERLÍN, según el censo de 5 de Diciembre de 1895, cuenta más de 1.600,000 habitantes. En esta cifra los católicos figuran por más de 200,000. Con frecuencia los sacerdotes católicos han dado la voz de

alarma en favor de millares de sus feligreses, expuestos á perder la fe en la capital del imperio. La insuficiencia de las iglesias, la falta de sacerdotes, la escasez de recursos, les crean una situación desesperada.

En los últimos años han hecho grandes esfuerzos para multiplicar los santuarios y permitir á los fieles que se agrupen en ellos. El sacerdote católico constituye en Berlín una verdadera misión, más importante en sí misma que todas las estaciones fundadas en Africa al precio de mucha sangre y de grandes cantidades de dinero.

La situación religiosa protestante deja mucho más que desear, pues en este punto se trata de una verdadera vuelta al paganismo. Véase la prueba:

Durante el año 1894 hubo en Berlín 42,809 nacimientos; de ellos, 32,085 procedentes de matrimonios exclusivamente protestantes, y 5,354 de matrimonios mixtos. Los demás, es decir, 5,370, procedían de uniones ilegítimas con madres protestantes. De los 32,085 nacimientos de matrimonios protestantes, 29,194 fueron bautizados, y de los 5,354 de matrimonios mixtos, fueron bautizados 2,643. De los 5,370 ilegítimos, lo fueron 3,729, lo que da un resultado para los no bautizados, de 7,246, correspondientes al año 1894.

La estadística de los matrimonios da todavía una luz más sombría sobre la situación religiosa de Berlín.

El número total de los matrimonios civiles asciende para el año 1894 á 15,569, de los cuales 12,881 corresponden á los protestantes, y 2,088 á los matrimonios mixtos.

De esta cifra no hubo más que 9,337 que pidieran la bendición religiosa entre los protestantes, y 826 de entre los mixtos.

Si á esto se añade la cifra que arrojan los divorcios, se tendrá una idea aproximada de la legislación impía que reina en la actualidad en la capital del imperio alemán, y del estado social de aquella población.

UNA SALVAJE SANTA

RELATO DE UN MISIONERO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

I

MUCHAS y notables fueron las conversiones que desde el principio de sus Misiones en América llevaron á cabo los Padres Jesuitas en la tribu de los iroqueses. Entre todas merece mencionarse la de Catalina Tegakovita, salvaje americana cuya vida santa es vivo reproche de la disipación á que se entregan tantos miles de cristianos, nacidos en pueblos que muchos siglos ha disfrutaban de las luces de la fe y de los beneficios de la civilización.

Después del bautismo de la joven Catalina, dice el Padre misionero, sus parientes no daban á entender que desaprobaban su nueva vida, pero nos avisa el Espíritu Santo por boca del Sabio que el alma fiel que comienza á unirse con Dios, debe prevenirse contra las tentaciones, y bien lo experimentó Catalina. Aquellos mismos que la admiraban fueron los primeros en perseguirla por su extraordinaria virtud; una vida tan pura parecías una tácita reprensión de sus desórde-

nes, y para desacreditarla, con varios artificios procuraron manchar su pureza. La confianza que tenía en Dios la santa doncella, y su desconfianza de sí misma, su continua oración y la delicadeza de su conciencia, que la hacía temer hasta la sombra del pecado, la dieron una victoria completa contra los enemigos de su alma.

La puntualidad con que asistía á los ejercicios religiosos los días de fiesta, fué la causa inocente de otra tempestad que le vino de parte de sus parientes. El Rosario que se reza á dos coros, es uno de los ejercicios de los días festivos. Esta especie de salmodia despierta la atención de los neófitos y anima su fervor. Se entretienen himnos y cánticos espirituales y los cantan los salvajes con compás y melodía, porque tienen buen oído, voz clara y singular gusto por la música. Nunca se dispensaba Catalina de este ejercicio, pero en su cabaña tomaban á mal que no fuese en tales días á trabajar como las otras al campo; le dijeron palabras agrias, y le echaron en cara que el Cristianismo la había hecho perezosa y amiga de la holganza. No le dejaban comida á fin de obligarla, á lo menos por hambre, á seguir á sus parientes, y ayudarles en sus quehaceres. Sufrió con constancia sus reprimendas y desprecios, prefiriendo pasar los días de fiesta sin alimento, á quebrantar el precepto de santificarlos y faltar á los ejercicios de piedad.

Tan invencible firmeza irritó más y más á sus parientes infieles. Cuando iba á la capilla nuestra neófita, hacían que la siguiesen á pedradas algunas gentes ebrias ó que fingían serlo; de manera que para librarse de sus insultos tenía que dar rodeo y buscar caminos excusados. Hasta los muchachos callejeros la mostraban con el dedo y daban gritos tras ella llamándola por mofa la cristiana. Un día que estaba recogida en su cabaña, un mozo entró de repente con los ojos echando rayos de cólera y con una hacha levantada como para herirla; quizá no pretendía más que asustarla, pero sea lo que fuese de la intención del bárbaro, no hizo Catalina más que bajar la cabeza con modestia, sin manifestar la menor turbación. Tan inesperada intrepidez causó tanto pavor al salvaje que escapó al instante como si le amenazara algún poder invencible.

En tales ejercicios de paciencia y piedad pasó Catalina el verano y el otoño que siguieron á su bautismo. El invierno le procuró alguna quietud, sin dejar con todo de sufrir algunas molestias de parte de una de sus tías. Era ésta de un genio doble y atravesado, que no podía ver la vida regular de su sobrina, y que censuraba hasta sus acciones y palabras más indiferentes. Es costumbre entre los salvajes, que los tíos llamen con el nombre de hijas á sus sobrinas, y que éstas los llamen padres. De aquí proviene que los primos carnales se tratan de hermanos. Catalina una ó dos veces llamó inadvertidamente al marido de su tía con el nombre de tío y no de padre. No fué menester más para que aquella mujer levantara contra ella una atroz calumnia; pretendiendo que ese modo de explicarse, que le parecía harto familiar, era indicio de alguna amistad criminal, y sin perder tiempo partió en busca del misionero para infamarla y hacer que perdiese el Padre la buena opinión que tenía de su neófita. Cuando vió al Padre le dijo:

—Ea, aquella Catalina cuya virtud estimáis tanto, es una hipócrita que os engaña; ahora en mi presencia quería cometer un grave pecado.

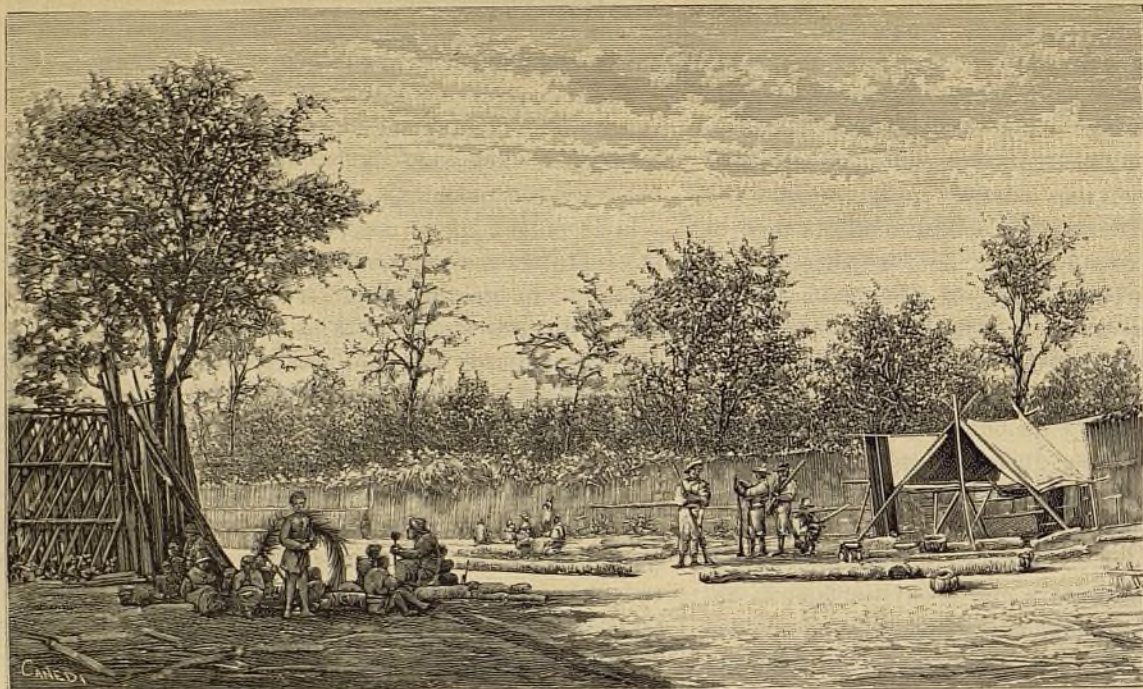
El misionero, que conocía la malicia de la mujer, la preguntó en qué fundaba una acusación tan grave, y habiéndose informado de lo que había dado ocasión á una sospecha tan odiosa, le dió una severa reprensión y la despidió confusa. Después cuando habló de ello á la neófita, ésta le respondió con un candor y una seguridad que no puede prestar la mentira. Con esta ocasión le declaró lo que quizá, á no haber sucedido este caso, se hubiera ignorado, que por la misericordia del Señor, no se acordaba haber faltado nunca á la pureza, y que no temía en este punto en el día del juicio acusación alguna.

Entristeciase Catalina viéndose tan combatida y expuesta su inocencia á las injurias y chanzas de sus parientes y vecinos; por otra parte tenía que temerlo todo en un país donde tan pocos gustaban todavía de las máximas del Evangelio; y deseaba con ansia pasar á otra Misión en la cual pudiese servir á Dios con paz y quietud. El misionero era del mismo dictamen; pero no veía fácil su ejecución. Estaba ella en poder de un tío que vigilaba todos sus pasos, y odiaba á los cristianos. Dios, que atiende los deseos de los que ponen en El su confianza, ordenó las cosas para el alivio y consuelo de la neófita.

Habíase formado poco antes entre los franceses una nueva colonia iroquesa. La paz que reinaba entre las dos naciones daba á los salvajes la libertad de venir á cazar en nuestras tierras. Muchos de ellos se habían establecido hácia el prado de Magdalena: los encontraron algunos misioneros Jesuitas que vivían allí, y trabaron con ellos conversación sobre la necesidad de salvarse. Obró Dios al mismo tiempo en sus corazones con la impresión de su gracia; mudáronse los bárbaros de repente en otros hombres, y sin dificultad, según se lo proponíamos, renunciaron á su patria, quedáronse con nosotros, y después de las instrucciones y pruebas acostumbradas, recibieron el bautismo.

El ejemplo y piedad de estos nuevos fieles fué aliciente para que acudiesen otros muchos paisanos suyos, y en pocos años la Misión de San Francisco Javier del Salto (así se llama) se hizo célebre por el gran número y fervor singular de los neófitos. Por poco que permaneciese allí un iroqués, aunque no pensase sino en visitar á sus parientes y amigos, perdía al punto los deseos de volver á su patria. Era tanta la caridad de los neófitos, que repartían con los recién llegados los campos que con tanta fatiga habían barbechado; pero donde más resplandecía su fervor, era en las santas ansias y priesa que se daban para instruirlos en las verdades de la fe. Empleaban en esto los días enteros y con frecuencia gran parte de la noche. Sus conversaciones, llenas de espíritu y piedad, hacían viva impresión en los corazones de sus huéspedes, y los transformaban, por decirlo así, en otros hombres; de suerte que el que poco antes no respiraba sino fuego y sangre, se hacía manso, humilde, dócil y capaz de las más sublimes máximas de la Religión.

No se ceñía su celo á los que venían á buscarlos, pues recorrían varios pueblos de su nación, y volvían



NUEVA GUINEA.—Aipeane: Estación del Gobierno (Pág. 58)

siempre acompañados de gran número de sus paisanos. El día mismo que recibió Catalina el bautismo, el principal de los *agniez*, después de semejante excursión, vino de vuelta al lugar del Salto con treinta iroqueses que habían ganado á Jesucristo. Buena gana tenía la neófita de seguirle; pero no estaba en su mano por vivir, como ya tengo dicho, en poder de un tío que con gran sentimiento veía despoblarse su lugar, y se declaraba abiertamente enemigo de los que querían ir á vivir con los franceses.

El año siguiente halló Catalina la ocasión que deseaba para poner en ejecución su designio. Una hermana suya adoptiva se había retirado con su marido á la Misión del Salto. El celo que tenían los nuevos fieles para atraer á esta colonia á sus parientes y amigos, le inspiró el pensamiento de llamar á Catalina. Comunicó su intento á su marido, quien prometió cooperar á ello. Juntóse, pues, lo más presto que pudo, con un salvaje del lugar de Loreto y con otros muchos neófitos, que con

del Salto, haciendo en pocas palabras el elogio de este lugar. Dando oídos la neófita al aviso, le hizo decir que se dispusiese á partir para cuando estuviese de vuelta del viaje que había emprendido á la colonia de los ingleses, precisamente para no dar sospecha á su tío. Estaba éste ausente, y no imaginaba cosa alguna de su sobrina, quien sin perder tiempo fué á despedirse del misionero y á pedirle una recomendación para los Padres misioneros del Salto. El Padre, no podía menos de aprobar la resolución de la neófita; la exhortó á poner en Dios su confianza, y le dió los consejos más oportunos.

Como el viaje de su cuñado era solamente un pretext-

pretexto de hacer comercio de castores con los ingleses, recorrían los lugares de los iroqueses, con ánimo de empuñar sus conocidos á seguirles y ser partícipes de la dicha que gozaban.

Apenas llegó al lugar de Catalina, cuando la hizo avisar en secreto del motivo de su viaje y del deseo que tenía su mujer de tenerla consigo en la Misión



NUEVA GUINEA.—Bercina: Vista de la llanura. (Pág. 58)

to para ocultar su proyecto, su vuelta fué muy pronta, y el día después de su arribo partió con Catalina y con su compañero el salvaje de Loreto. Muy presto la echaron menos en el lugar, y no dudaron que se había ido con los dos salvajes. Al punto despacharon un expreso á su tío con el aviso. Este antiguo capitán, celoso del aumento de su lugar, se estremeció de cólera á esta noticia; cargó su escopeta con tres balas, y corrió tras de los que se llevaban su sobrina. Fué tanta su diligencia, que los alcanzó. Los dos salvajes, que habían previsto que no dejaría de seguirlos, ocultaron á Catalina en un bosque espeso, y se pararon para tomar algún descanso. El viejo, admirado de no ver á su sobrina con ellos, después de haberles hablado algún rato, creyó que había dado crédito con ligereza al primer rumor que se había extendido, y se volvió á su lugar. Ella consideró la vuelta repentina de su tío como efecto de la protección de Dios, y continuando su camino, llegó á la Misión del Salto al fin del otoño del año de 1677.

Fué á hospedarse en casa de su cuñado: pertenecía la cabaña á una de las más fervorosas cristianas del lugar, por nombre Anastasia, que tenía á su cuidado el catequizar á las personas de su sexo que aspiraban á la gracia del Bautismo. El celo con que cumplía su encargo, sus conversaciones y ejemplos, embelesaban á Catalina; pero lo que más la edificó, fué la piedad de todos los fieles que componían esta numerosa Misión. No acababa de admirar cómo los hombres eran tan otros de lo que habían sido en su país. Cotejaba su vida ejemplar con la vida licenciosa que habían tenido, y reconociendo el dedo de Dios en tan extraordinaria mudanza, le bendecía sin cesar por haberla traído á esta tierra de bendición.

Para corresponder á los favores del cielo, creyó que se debía dar enteramente á Dios sin reserva alguna, desterrando todo amor propio. Todas sus delicias desde entonces las hallaba en la iglesia: allí estaba desde las cuatro de la mañana; oía la Misa que se dice al amanecer, y después la que se celebra para los salvajes al salir el sol. Entre día interrumpía su trabajo de vez en cuando para conversar con Jesucristo al pie de su altar, volvía otra vez al anochecer, y no salía de la iglesia hasta entrada la noche. Estando en oración, parecía enteramente recogida dentro de sí misma. En poco tiempo la levantó el Espíritu Santo á un don tan sublime de oración, que pasaba horas seguidas en las más íntimas comunicaciones con su Dios y Señor.

A este fervor juntaba una aplicación casi continua al trabajo, que santificaba con las piadosas conversaciones que tenía con Anastasia, aquella fervorosa cristiana de quien he hablado y con quien vivía en estrecha amistad. Sus discursos y pláticas eran por lo común sobre la suavidad que se experimenta en el servicio de Dios, sobre los medios de agradarle y adelantar en la virtud, sobre algún caso de la vida de los Santos, sobre el horror que se debe tener al pecado, y el cuidado de satisfacer con la penitencia por los pecados que por desgracia se hubiesen cometido. Acababa la semana con un examen riguroso de sus faltas é imperfecciones, para borrarlas en el sacramento de la Penitencia, confesándolas todos los sábados por la noche. Se disponía á la confesión con varias mortificaciones corporales, y cuan-

do se acusaba de sus faltas, aun las más ligeras, lo hacía con tan vivos afectos de dolor, que se deshacía en lágrimas, interrumpiendo las palabras sus suspiros y sollozos. El alto concepto que tenía de la Majestad Divina, hacía que mirase con horror la culpa más ligera; y cuando se le escapaba alguna imperfección, no sabía cómo perdonársela á sí misma.

Virtudes tan señaladas no me permitieron negarla por más tiempo la licencia que con instancias me pedía de hacer su primera Comunión por la Pascua de Navidad. No se concede esta gracia á los que vienen del país de los iroqueses, sino después de muchos años y repetidas pruebas de su virtud; pero la piedad de Catalina la eximía de la práctica ordinaria. Comulgó por la primera vez con un fervor que igualaba el aprecio grande que hacía de esta gracia y las piadosas ansias con que deseaba alcanzarla. Todas las demás veces que se acercó á la Sagrada Mesa, fué siempre con las mismas disposiciones.

CRÓNICA

Portugal.—A *Palavra* se pregunta cómo podrían evitarse las incesantes guerras que sostiene Portugal en sus posesiones africanas, y contesta que no ve otro medio que el restablecimiento de las Misiones católicas y su buena organización, que produce siempre tan buenos efectos en lo político y en lo religioso.

A pesar de los infinitos desaciertos de nuestra administración colonial; nunca han cesado los Gobiernos españoles en el sistema de protección á las Ordenes religiosas y á sus colegios de misioneros.

Como Portugal anda atrasado en tantas cosas, y en algunas buenas suele copiar nuestro ejemplo, es llegada la hora de que lo haga en tan importante asunto.

El mismo periódico publica un artículo muy patriótico y muy fundado, comparando las Misiones protestantes con las católicas portuguesas en Africa, diciendo, que cualquiera que sea la influencia religiosa de los primeros, la que ejercen respecto á la política es desastrosa. Son ricos, pues que así el Gobierno como las Sociedades bíblicas los mantienen con lujo, la fuerza del dinero es más segura con los indígenas africanos que la fuerza de las armas, única que les oponen, de cuando en cuando, los soldados portugueses. El misionero católico debe ser protegido en las colonias de Africa, so pena de que termine esa dominación secular, que data de la edad de oro de nuestros vecinos.

Inglaterra.—El *Anuario Católico* para el corriente año de 1896, que se publica en Inglaterra, inserta interesantes pormenores acerca del estado presente del Catolicismo en el imperio británico.

Entre los miembros del Sacro Colegio se cuentan 4 de lengua inglesa. En Inglaterra y en el país de Gales hay 17 Obispos, comprendiendo entre éstos el Vicario apostólico de Gales, hay otros 7 en Escocia. El número de sacerdotes en la Gran Bretaña es de 3,014, los cuales ofician en 1,789 iglesias, capillas y Misiones. De estos sacerdotes, 2,090 pertenecen al Clero secular, y 924 al regular. Hay además en Inglaterra 1 Arzobispo y 2 Obispos *in partibus*.

Profesan la Religión católica 41 Pares de Inglaterra, Escocia é Irlanda, 53 Barones, 15 Consejeros privados, 3 miembros del Parlamento inglés y 67 irlandeses.

La población católica del Reino Unido comprende cerca de 5.000,000 y medio de fieles, de los cuales corresponden á Inglaterra 1.500,000; 365,000 á Escocia, y 3.500,000 á Irlanda.

Añadiendo á estas cifras las del Canadá, Australia, la India y otras colonias y posiciones inglesas, la población católica del Imperio británico forma un total de 10.250,000.

—En la cuestión de las ordenaciones anglicanas que ahora se trata, el cardenal Vaughan se ha decidido por la nulidad de aquéllas, lo mismo que su antecesor el cardenal Manning, y la duda parece resuelta por documentos pontificios, no uno sólo, insertos en el *Bullarium Magnum*, uno de Benedicto XIII, en Junio de 1728. También hay condenadas algunas obras francesas que sostenían la validez de aquellas pretendidas órdenes sacerdotales; así es que el problema ofrece hoy más interés histórico que teológico y canónico.

Tierra Santa.—Con ocasión de la Congregación General que la Seráfica Orden ha celebrado en Asís, Italia, la Custodia franciscana de Tierra Santa presentó la estadística de sus trabajos desde el año 1889 hasta el presente.

Compónese su personal de 434 Religiosos. Posee 55 santuarios, 9 conventos, 42 residencias, un colegio seráfico, un noviciado, 6 casas de estudios, 5 farmacias, 10 talleres de artes y oficios y una imprenta.

Administra la Santa Custodia 28 parroquias, 18 seculares, 34 capillas, y dirige un colegio de segunda enseñanza, 52 escuelas frecuentadas por 3,500 niños, y 2 orfanotrofios, en donde hay unos 300 niños poco más ó menos.

Tiene bajo su jurisdicción 63,000 almas, que hablan 11 lenguas diferentes. Bendijo en el tiempo indicado 2,208 matrimonios, administró 10,000 bautismos y recibió 607 abjuraciones.

Posee 9 hospicios, en donde han sido albergados 46,362 peregrinos, y dispone de 415 casas, en las cuales se da habitación á cerca de 3,000 familias pobres. Además mantiene habitualmente unos 12,000 necesitados. Está representada por 43 Comisariatos, á saber: 18 en Europa, 24 en Américas y uno en Oceanía.

—Escriben desde Jerusalén:

«Noticia agradabilísima se me ofrece hoy que comunicar á sus lectores. Me refiero á las extraordinarias manifestaciones con que ha celebrado este año el convento franciscano de San Salvador la memoria del Venerable Juan Duns Escoto, jefe y cabeza de la escuela franciscana. Lo que más llamó la atención fué la velada ó academia poliglota literario-musical, organizada por el Estudio Teológico del convento, en la que también tomó parte activa la capilla musical del mismo con bellas producciones artísticas debidas al organista del Santísimo Sepulcro R. P. fray Buenaventura Lugscheider. El éxito de esta velada fué espléndido y de grandísima satisfacción, no sólo para el presidente de la misma reverendísimo Padre Custodio, que con tanto celo y habilidad rige aquí los destinos de la Familia Seráfica y atiende á las necesidades de esta cristiandad, sino que también de todos los concurrentes.

«El fin de esta fiesta literaria ha sido dar un testimonio de obsequio, si bien muy inferior á lo que merece, pero muy debido al inmortal jefe de la escuela franciscana, y avivar en estos jóvenes el amor á los estudios serios, que tanta falta hacen en este siglo.

India.—El día 2 de Agosto de 1894 pasó á mejor vida el reverendísimo P. Tissot, superior general de la Congregación de los Misioneros de San Francisco de Sales de Annecy, distinguida familia religiosa que con el mayor celo evangelizaba las Indias. En la página 49 damos el retrato de este santo y amable misionero, que dedicó su último sermón á la Obra de la Propagación de la Fe.

Fidji (Oceania).—El Ilmo. Vidal, marista, vicario apostólico de las islas Fidji, nos escribe desde Suva la siguientes líneas, que acompaña con una fotografía de las orillas del Rewa. (V. el *grabado* pág. 61):

«Sin duda habrá llegado á vuestra noticia que hace dos años fundamos un periódico en idioma fidji, que hace mucho bien entre nuestras poblaciones.

«Secundada por él, la obra de la Misión se desarrolla y consolida. Actualmente la casta noble es atacada, y contamos en ella muchas conversiones. Hemos tenido que instalar una escuela nueva para los hijos de los jefes, y en ella se reúnen ya veintiún alumnos, casi todos primos ó sobrinos del antiguo rey de Fidji. En breve bautizaré dos de ellos.

«Durante el viaje que el Ilmo. Redwodd ha hecho en Fidji, ha puesto la primera piedra de nuestra iglesia catedral. Tenemos por arquitecto un misionero de Nueva Caledonia, que ha construido muchas iglesias magníficas. Por desdicha me falta el dinero, pues la carestía que tanto tiempo hemos sufrido agotó nuestros recursos. Esta carestía nos obligó á suspender los trabajos durante dos años; pero es preciso reanudarlos, so pena de que nuestro proyecto de iglesia sea objeto de ludibrio para el público.

«Así contamos con vuestro benévolo concurso, de lo contrario habremos de continuar mucho tiempo con nuestra antigua capilla de madera, que apenas puede contener la tercera parte de nuestros católicos.»

Noticias varias.—La publicación de la ley *d'accroissement* ha inspirado al P. Rouvier, de la Compañía de Jesús, una obra notable titulada *Loin du Pays*. Es un libro tan religioso como patriótico, en que se enumeran los servicios de las Ordenes y Congregaciones en Francia, y muy especialmente los de las Misiones en Africa, Madagascar, China, Indo-China, Egipto, Guyana, Anatolia y Oceanía.

—El Ilmo. Charmettant ha abierto una subscripción en París para socorrer á los armenios católicos, víctimas de la persecución de los turcos. Dice el director de las Escuelas de Oriente, que en las últimas semanas ha aumentado en algunos miles el número de los mártires, y que los rigores de la estación invernal traen sobre los que han quedado en la miseria nuevas calamidades. Quinientos mil armenios se encuentran á estas horas sin más recursos que los que pueda proporcionarles la caridad de sus hermanos de Occidente.

—Las conversiones al Catolicismo aumentan en Holanda, principalmente en las clases ilustradas; pero los periódicos del país, por razones que ellos creen de política, no suelen dar cuenta de las mismas. El Gobierno de la reina Guillermina ha condecorado con las insignias del León Neerlandés al arzobispo de Utrech, Ilmo. Van de Vettering, que de parte de Su Santidad ha recibido también el palio.

—Se trabaja actualmente en Holanda por varios profesores en una versión de la Biblia al idioma nacional para el uso de los católicos. Hasta ahora usaban éstos la traducción de Allioli. Su Santidad ha felicitado por su obra á los traductores, y les ha enviado la bendición apostólica.

—Hay en Dinamarca 36 sacerdotes católicos, de los cuales 20 pertenecen á la Compañía de Jesús. Las Escuelas católicas tienen 1,000 alumnos, y las Religiosas son 170. Obsérvanse igualmente las aristócratas y la gente del pueblo.

—El miércoles, día 18 de Diciembre, tuvo lugar en Wáshington la ceremonia por la que el Ilmo. Satolli, delegado apostólico de Su Santidad en los Estados Unidos, entra á formar parte del Colegio de Cardenales, siendo uno de los Príncipes de la Iglesia. El acto tuvo lugar con sencillez extrema en la residencia del ilustrísimo Satolli, y se limitó á la entrega de la birreta cardenalicia por el guardia noble, marqués de Sacripanti, venido expresamente de Italia con ese objeto, junto con la carta consistorial en que se notifica al Ilmo. Satolli su elevación, pronunciando luego una corta arenga el Marqués, en la que se felicitaba de haber sido escogido para esa Misión, y contestándole aquél con frases apropiadas. Las pocas pero escogidas personas que asistieron al acto realizaron la seriedad é importancia que en sí entrañaba; pues allí estaba el ministro de España, Sr. Dupuy de Lome; el Embajador de Francia, Sr. Paternotre; Mons. Stephan, etc.

—Los misioneros franceses de las islas Marquesas hacen sobre-humanos esfuerzos para civilizar, y, ¡cosa extraña! para obligar á vestirse á los pobres indígenas. Y como no hay nada tan ingenioso como la caridad para lograr sus propósitos, ahora venden las barbas, que aprecian mucho los naturales, sobre todo las blancas, que después convierten en preciados adornos. El Padre Chaulet ha vendido la suya por 100 francos, y otro tanto ha hecho por 200 el P. Orens.

Cuando el célebre Alfonso de Alburquerque, el nunca bien pon-

derado conquistador portugués, se halló en un gran peligro en la India, puso en prenda sus bigotes, y los enemigos, fiándose en la palabra de un caballero, se los admitieron. Los misioneros franceses no le imitan para lograr propósitos de dominación temporal, sino para salvar las almas.

VARIEDADES

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR EGIPTO

DE regreso del Egipto, á donde fué á asuntos mercantiles un pariente mío, que conoce mis inveteradas aficiones á los viajes, me regaló como recuerdo de su reciente excursión, un cuaderno que contiene numerosos apuntes de los episodios y hechos más culminantes que impresionaron su espíritu al recorrer, no como turista, sino como comerciante, aquel vasto país, el cual, á pesar de encontrarse cerca de nosotros, de ser visitado constantemente por europeos, unos en busca de su clemente cielo y otros de la fortuna ó de honores, es tan poco conocido de los españoles; por lo que me voy á permitir entresacar algunas de las impresiones que más llamaron la atención de mi pariente, confiando que mi narración, aunque desprovista de galanura de frase, interesará algo á mis lectores.

La situación del Egipto dista mucho de ser lo que antes era, lo que se le cree aún ahora, cuando no se ha visto de cerca.

Los acontecimientos de los últimos años han acentuado singularmente el movimiento, asaz lento al principio, que aproxima en Egipto al musulmán á las ideas de Europa.

En estas sacudidas en que la Providencia lo lleva todo á sus fines, el Egipto siente cada día más que le falta todo punto de apoyo por parte del Islam. Sabe que la Turquía misma es como un barco que hace agua por todos lados, y que nada puede esperar de aquel decrepito Soberano, cuyos miembros se dislocan uno tras otro. La civilización superior de las naciones cristianas se le aparece en su contacto incesante con los europeos. Siente su inferioridad, y aspira á entrar por completo en el concierto de estos pueblos, cuya suerte envidia. Su ambición sería igualarlos. Siente en su seno los recursos capaces de enriquecerla y de hacerla grande y libre, pero se necesita la palanca que levanta á un pueblo, y esta palanca sólo la encuentra en las naciones cristianas.

La Administración está casi totalmente en manos de europeos, y por consiguiente la fuerza moral está allí á la cabeza del ejército, de la policía, de los tribunales, de correos, de telégrafos, etc., etc.; hay jefes ingleses ó franceses. La lengua francesa es, con el árabe, el idioma administrativo. Para obtener un empleo del Gobierno se requiere poseer el francés.

Los Mudirs (prefectos), los Bajás y los Beys están orgullosos de hablar la lengua del franco, de vestirse como él y de imitar su cortesanía, y quieren que sus hijos gocen de las mismas ventajas. De ahí que los colegios y las escuelas se llenen de alumnos pertenecientes á la aristocracia musulmana. Este movimiento en-

tre los que son mirados como jefes, influye en las masas, y llegará día en que el pueblo, que en Egipto más que en otra parte toma por modelos á sus superiores, cederá á su vez á la influencia de las naciones cristianas.

Y ya que he hablado de alumnos, ó niños, porque lo son en su gran mayoría, no puedo menos de rendir homenaje á las para mí santas Hermanas de la Caridad; yo las admiro cada día más, casi las venero, porque su misión llega, acaso sobrepuya los límites de lo sublime.

¡Si vieran mis lectores los solícitos y conmovedores cuidados, el desinteresado y entrañable cariño que prestan y profesan á los niños que acuden diariamente á los dispensarios!

¡Si presenciaran como esos mismos pequeñuelos, mugrientos, feos, enfermos, son acariciados, mimados, besados por las Hermanas; si se viera todo esto, aseguro que los contados detractores de tan humanitaria y santa Institución sellarían sus labios, y romperían sus mal empleadas plumas y lápices antes que dirigir sus envenenados escritos y repugnantes y falsos dibujos á ridiculizar á las que son incapaces de comprender y mucho menos de imitar!

El primer cuidado de estas siervas del Señor para con el niño es el de asearlo. En Egipto, mientras son pequeños, no se les lava. Las preocupaciones sobre este punto son terribles, y ante todo el *mal de ojo*. Entre mil niños no encontraréis uno limpio.

Un día mi pariente vió en la estación de Berna, sentada en la acera, á una madre con su hijo. En la cara de aquel niño, ya grande, había un enjambre de moscas, sobre todo al rededor de la nariz, boca y ojos. El pobrecito roía una hoja de ensalada, sin, al parecer, sentir el montón de inmundicia que cubría como una espesa capa las incorrectas facciones.

¡Hay que admirar, después de esto, ver llegar á los dispensarios á tantos parvulitos, con unos ojos que dan miedo al mismo tiempo que asco!

Los hay que á la edad de un año están ciegos.

Aun á trueque de ser molesto, me permitiré contar la siguiente conversación que mi cuñado oyó en un dispensario de la población de Tintah, conversación que le afectó hondamente, como me ha sucedido á mí, pues como padre de familia que soy, profeso cariño indecible á todos los niños; porque su inocencia, candor y debilidad me inspiran un sentimiento, una conmiseración, un amor tan profundo, que mi pluma es incapaz de expresarla.

—Padre, decía una Hermanita al Superior de la Sociedad de las Misiones Africanas, ¿no queréis recoger á las criaturas cuyos padres desean deshacerse de ellas? Nos las ofrecen á menudo. El otro día vino un sujeto á decirme: «Mi hija será pronto madre; no sé qué hacer de su hijo; ¿lo queréis?» Todas estas criaturas que nos son así ofrecidas y que no podemos tomar, no creáis, Padre, que su familia las conserva. La tierra es profunda: un hoyo está pronto hecho y más pronto tapado; y además el Nilo, ya sabéis que trae mucha agua, y un niño rápidamente desaparece: si los recogiéramos á tiempo seríamos sus maestras, nadie nos privaría de amarlos y educarlos como buenos cristianos, y Dios bendeciría esta obra.

Hay que tener en cuenta que en Egipto los padres

tienen mucha libertad para hacer desaparecer á sus hijos, pues no hay Registro civil. Nacen y mueren sin ser inscriptos en parte alguna, y en cuanto á los que molestan viniendo al mundo, los padres hacen de ellos lo que quieren sin que nadie se preocupe.—X.

LA CAZA DEL TIGRE EN BENGALA

«Sentado al fuego del vivac en los bosques del Don, he escuchado á veces un gemido profundo y prolongado que parecía fodar por la superficie del suelo... Los servidores indígenas, cambiaban aterrados miradas de inteligencia y suspendían sus debates sobre el precio del grano, y pronto la conversación versaba sobre las innumerables muertes y heridas causadas por el enemigo más feroz y más astuto que el *sportman* puede encontrar en la India.»

Esto dice, refiriéndose al tigre real de Bengala, el capitán Dunlop, del ejército inglés de las Indias, en el prólogo de sus relaciones de caza.

El tigre anuncia su presencia por una especie de suspiro plañidero: en compañía de otros animales de su especie deja oír un *ron-ron* semejante al de un gato gigantesco; cuando se lanza sobre una presa, sus ataques van acompañados de gruñidos rápidos, aterradores. De un golpe de su zarpa rompe la columna dorsal de un buey; después se lo lleva con la misma facilidad con que un gato se lleva un ratón, sin esfuerzo aparente, sin que la víctima arrastre apenas por el suelo. Su fuerza prodigiosa y sus instintos sangüinarios hacen de él el terror de los países donde habita. Excepto el elefante, no hay animal que pueda resistirle. Si á esta extraordinaria fuerza y ferocidad se añade su ligereza y su astucia, puede comprenderse el espanto que inspira á los habitantes de las comarcas que tienen la desgracia de contar entre sus huéspedes á tan peligrosos animales. Tienen éstos además en su favor la naturaleza del terreno. Las orillas del Ganges, del Bramaputra y sus numerosos afluentes se hallan cubiertas de extensos juncos que sirven de seguro asilo á las fieras. Por esto necesitan los bengalís rivalizar con ellas en astucia, ya que la fuerza no está de su parte, y no poseen tampoco las armas de precisión de los cazadores ingleses que acuden á la peligrosa caza del tigre real de Bengala.

Cuando los habitantes de una aldea bengalí advierten la presencia de un tigre, se preparan á la captura cerciorándose antes del juncal donde encuentra su guarida: después, mientras una cuadrilla va cortando los juncos, la otra llevando por delante una extensa red, está encargada de proteger á la primera con ayuda de sus largas lanzas. Cuando el tigre revela su proximidad de algún modo, aumentan las precauciones, y al llegar cerca de él, siempre con la red por delante, se le excita á la lucha; la fiera se lanza contra la red y cae al suelo envuelta en sus cuerdas, donde los bengalís le dan fácil muerte con las lanzas. Pero no siempre llevan á cabo con tanta sencillez la captura; á veces el tigre se presenta de improviso por un flanco y esparce la confusión y la muerte entre sus perseguidores, y el relato de la desgraciada expedición viene á aumentar el ya largo catálogo de los que se cuentan

por la noche, en torno de las hogueras encendidas para ahuyentar al formidable animal, cuyo rugido se oye á lo lejos turbando la calma serena de las noches indias.

LA NIGUA

Los últimos informes de los misioneros y viajeros en el Africa Central refieren los grandes estragos que en varias tribus de negros que moran en las orillas de los lagos Tanganika y Nyanza está causando la nigua.

La nigua es un insecto de media línea de largo, muy parecido á la pulga, de la cual se distingue en tener blanca la parte posterior del cuerpo y la boca armada de una trompa tan larga como todo él, con la cual se introduce en los pies de las personas, donde deposita sus huevos y donde éstos se avivan, causando agudísimos dolores y algunas veces la muerte.

El P. Guillermain, de la Sociedad de los Padre Blancos, cuenta en un informe que en la provincia de Bunijako le llevaron un gran número de enfermos que tenían los pies y las manos horriblemente lastimados; los huesos estaban á la vista, despojados de todos los tejidos y fuertemente inflamados. La causa de todo esto era la nigua, con su nombre científico *pulex penetrans*, á que los indígenas llaman *funza*. Delcommune, explorador belga, dice que la nigua fué importada del Brasil; que un buque brasileño, que hace algunos años remontó el Congo, llevaba como lastre arena que contenía el consabido insecto en gran cantidad. En vez de echar dicha arena en el Congo, cerca de Boma, se la empleó para construcciones, y la nigua pululó y se extendió por las orillas del Congo, hasta que en 1890 llegó al Tanganika, desde donde fué transportada por las caravanas al Nyanza.

La nigua penetra con preferencia debajo de las uñas de las manos y de los pies, para allí cobijar sus huevos, que se desarrollan en una especie de saco membranoso hasta que el conjunto alcanza el tamaño de un grano de maíz, saliendo luego centenares de pequeños insectos. La llaga que á consecuencia de la inflamación causada por el nido de la nigua se ha formado, se extiende con suma rapidez y destruye los tejidos, así como los huesos.

Lo peor es que no se conoce remedio alguno contra el mal. Como medio preventivo se indica una esmerada limpieza, pues lo que la nigua busca con predilección es el polvo, la suciedad. Cuando se siente picazón en los pies, es indispensable examinarlos con cuidado, y extraer, si ha lugar, el consabido saco membranoso.

Después de la extracción los europeos suelen aplicar yodoformo; pero siendo éste un producto demasiado caro para emplearlo en la curación de los indígenas, para éstos se sigue el procedimiento que á continuación describimos: Los miembros atacados por la nigua se envuelven completamente en hojas de banano, permaneciendo así durante veinticuatro horas. Transcurrido ese tiempo se quitan las hojas, y todas las niguas han muerto. También se pueden sumergir los miembros atacados, durante algunas horas, en una infusión de hojas de banano.